

Trabajo Fin de Grado

El catarismo en la Península Ibérica entre los siglos XII y XIV.

Autor:

Axel Pascual Gutiérrez

Director:

Carlos Laliena Corbera

Facultad de Filosofía y Letras / Historia
2018-2019

Resumen

Entre los siglos XII y XIV en Europa Occidental, incidiendo en el actual sur francés y en el noreste de la Península Ibérica, se da un culto cristiano ajeno a la ortodoxia católica, el denominado catarismo. Considerado un movimiento de fe herética, será perseguido hasta su desaparición.

La participación de la Iglesia y de los estados de la época en la desaparición de este movimiento fue tanto intereses religiosos como materiales, intentó conseguir como fin último un único movimiento ortodoxo con el que se vieran beneficiadas todas las élites, tanto civiles como eclesiásticas, y consiguieran mantener el orden social de la época.

Dada la cercanía y conexiones de estos territorios con la Corona de Aragón, el movimiento cátaro se extendió hasta sus poblaciones prácticamente desde sus comienzos, por lo que los territorios aragoneses tuvieron mucho que ver en el desarrollo, pervivencia y, finalmente, la desaparición del catarismo.

ÍNDICE:

1. Introducción.	4
2. Estado de la cuestión:	5
3. Acercamiento al Catarismo	7
3.1. Conceptualización de la herejía	7
3.2. Orígenes y breve explicación del catarismo	7
3.3. Consolidación del catarismo en Languedoc y en el noreste de la Península Ibérica.	9
3.4. La cruzada y sus consecuencias para el catarismo.	11
3.5. El último resurgir cátaro y su desaparición	13
4. La Iglesia Católica y su implicación contra el catarismo	17
4.1. Derecho canónico de corte antiherético.	17
4.2. La Inquisición, orígenes y relación con la herejía	21
4.3. Penas y castigos.	25
5. El catarismo en la Península Ibérica.	28
5.1. La represión antiherética en la Península Ibérica.	28
5.2. Problemática con la diócesis cátara del Valle de Arán.	30
5.3. Los Pirineos como paso en el exilio cátaro	32
5.4. Catarismo en la Corona de Aragón.	34
5.5. Catarismo en la Corona de Castilla.	38
6. Conclusión:	41
7. Bibliografía:	42

1. Introducción.

En este trabajo se va a investigar, desde las fuentes disponibles, la presencia cátara en la Península Ibérica; dada la escasa información que hay al respecto se tratará también el catarismo occitano que, siendo la mayor expresión de este movimiento, también es el que más interrelacionado está con los brotes que hubo al sur de los Pirineos, siendo así, que muchos de ellos son meras extensiones del catarismo occitano o están tremendamente influenciados por el mismo, aunque no fue así en todos los casos.

Ambos temas cuentan con una amplitud cronológica de varios siglos y se intentará definir en cada momento concreto los cambios doctrinales conocidos dentro del catarismo a lo largo de ese tiempo. Otro punto que no habremos de olvidar será la Cruzada albigense, conflicto en el que se vieron implicados ambos lados de los Pirineos, siendo que en la primera parte de la misma participó el rey de Aragón en defensa de sus vasallos y que una de las principales rutas de escape para los represaliados de la Cruzada fueron los Pirineos, siendo este tema un punto clave tanto en el estudio del desarrollo de estos territorios como en el devenir del catarismo.

Para dar comienzo a este estudio, se presentará un breve estado de la cuestión, donde se intentará poner de manifiesto los estudios realizados respecto a estas cuestiones hasta la actualidad. Con la pretensión de diferenciar los estudios críticos de las extremadamente cuestionables obras que parecen haber aportado más fantasía que realidad al conocimiento que tenemos hoy acerca del catarismo.

Dado que la gran mayoría de fuentes originales que hablan de los cátaros son católicas, generalmente transcripciones del trabajo de inquisidores, también el trabajo se centrará en contextualizar este tribunal eclesiástico en relación con el objeto principal de estudio, que será el catarismo. Asimismo, se tratará de explicar los distintos tipos de legislaciones que se promulgaron, tanto desde la órbita eclesiástica como de la civil, pormenorizando las leyes de corte antiherético. También, a raíz de estas legislaciones, se expondrán las penas y castigos a los que eran sometidos los reos que eran considerados culpables del delito de herejía.

Así pues, en este trabajo lo que se pretende conseguir es un acercamiento al catarismo y sobre todo esclarecer en la medida de lo posible su presencia en la Península Ibérica; todo ello interrelacionado con la época histórica que nos ocupa.

2. Estado de la cuestión:

Sobre la presencia del catarismo en la Península Ibérica del siglo XII al XIV. No existe gran número de estudios, por lo cual, para la elaboración de este estudio, se comenzará por el estado de la cuestión de los estudios sobre el catarismo, la zona occitana y lo relativo a la Inquisición para después hacer referencia a los estudios más concretos que atañen a la Península Ibérica.

Utilizaremos diversas obras de E. Mitre Fernández, obras que describen y teorizan al respecto de las herejías y el catarismo en la Europa medieval. En el mismo aspecto, que el anterior autor mencionado, se centra lo extraído de J. A. García Cortázar (2012). También hay que resaltar la obra de R. Nelli (1997) a la hora de definir conceptos relacionados con el catarismo. Otro autor que destaca en este área es R.I. Moore (1989) (2014).

Siguiendo esta línea, Alvira Cabrer (2009), ha descrito la presencia cátara y su desaparición tras la Cruzada en la región occitana y catalana, centrándose principalmente en la historiografía y en las distintas ópticas a través de los estudios a partir de autores desde el siglo XIX hasta nuestros días, centrándose en la batalla de Muret, fundamental para toda la Cruzada Albigense.

Por otra parte, un baluarte fundamental en esta cuestión es la Inquisición, organismo que se consolida en esta época debido a la persecución, en buena medida, de los contingentes cátaros. En cuanto a esto, destacan las aportaciones de Sánchez Herrero (2005) y Jiménez Sánchez (2005), que a su vez aportan con gran claridad, información al respecto de la evolución de las legislaciones eclesiásticas y de las penas y castigos. En el tema de legislaciones volvemos a encontrar a M. Alvira Cabrer junto a D. Smith (2006), además de la obra de Barrero (1974), de la de Mestre Godes (1995) y en el de castigos a J. Flori (2010) (y en cuanto a la Inquisición las aportaciones modernistas de Pasamar Lázaro (1992) y García Cárcel [1998]).

Respecto a los estudios acotados en la Península Ibérica, destacan las investigaciones de Gascón Chopo (2003) (2008) y Grau Torras (2009-2010) quienes reflexionan sobre la Asamblea herética de Saint-Félix de Caraman y sobre la Carta de Niquinta, fuente documental a partir de la cual analiza la situación del catarismo en el Valle de Arán y la introducción y consolidación del mismo en territorio catalán. E. Le Roy Ladurie (1988), analiza Montailhou (en el Pirineo francés, en Ariège) entre los años 1294 a 1324 y con ello explica la incidencia de los cátaros en esta zona, además de contarnos la vida

cotidiana de una comunidad de mayoría cátara en toda su extensión. En la misma línea de investigación que Le Roy Ladaurie, aunque dedicada a los movimientos de población causados por las persecuciones, encontramos la aportación de Cazenave (1972).

Para los estudios sobre la Corona de Aragón se han utilizado diversas obras como la de Ventura Subirats (1960) donde plantea la presencia cátara en Cataluña y territorios de la corona, también tenemos la obra de Gascón Chopo (2003) centrada en la diócesis de Urgel, también ha sido de utilidad para este apartado obras como Grau Torra (2009-2010), Smith (2013) o Fort i cogul (1973), Mestre Godes (1995) entre otras.

Para la Corona de Castilla fundamentalmente en utilizados dos obras la de Palacios Martín (1982) y las de Fernández Conde (1978) (2005).

Para terminar este estado de la cuestión, es imposible no mencionar la exhaustiva aportación de S. Grau Torras en la obra *Cátaros e Inquisición. En los reinos hispánicos (siglos XII-XIV)* (2012), donde trata diversos temas como, el catarismo en toda su extensión, la contestación desde el Papado a esta problemática, la persecución a la que se vieron sometidos, las fuentes que manejan la presencia cátara en territorio hispano y los personajes históricos que orbitan alrededor de esta temática.

3. Acercamiento al Catarismo

3.1. Conceptualización de la herejía

Es una constante en las religiones la búsqueda de la verdad y en cuanto al caso católico, “teológicamente, verdad significaría «revelación de Dios que culmina en Jesucristo y que se transmite hasta nuestros días»” (Mitre Fernández, 2011, 174).

Por ello todo disenso de este principio de verdad será perseguido de una forma u otra. Siendo esta persecución realmente efectiva, cuando las religiones tengan unos principios doctrinales sólidos, siendo mucho más sencillo descubrir la disidencia. Debido a que las herejías por norma se forman a partir de una religión ya existente. Siguiendo la línea del autor arriba citado, “en el actual código de derecho canónico se dice que la herejía es la «negación pertinaz, después de recibido el bautismo, de una verdad que ha de creerse con fe divina y católica»”. (Mitre Fernández, 2004, 26).

Así pues, la herejía era concebida como la opción personal de cada individuo para pensar distinto al pensamiento predeterminado por el culto oficial. En el caso cristiano católico, donde se mezclarán mucho los intereses materiales en persecuciones de colectivos fuera de su ortodoxia, y más allá de las acusaciones falsas y la sobreexplotación del término herejía, lo cierto es que corrió mucha sangre por esta causa concreta.

Como dijo el Papa Gregorio VII: No será considerado católico el que no esté de acuerdo con la Iglesia romana («*catholicus non habeatur qui romane ecclesiae non concordat*») (Grado Giovanni, 2008, 21).

La herejía en manos de la Iglesia romana acabaría deviniendo en una acusación especialmente grave, para todo aquel fuera o dentro de la ortodoxia católica que se opusiera de alguna manera a los mandatos papales (Moore, 1989, 84-85).

3.2. Orígenes y breve explicación del catarismo.

Las primeras agrupaciones cátaras reconocidas se dan alrededor de la mitad del siglo XII en la parte occidental del Sacro Imperio Romano Germánico. Se piensa que su pensamiento es una evolución de ideas venidas de otras herejías del Imperio Bizantino por parte de refugiados de estas zonas como por ejemplo los paulicianos o los bogomilos (como coincide gran parte de la crítica, véase: Fernández Conde, 2005, 397,406, y, García Cortázar, 2012, 345, entre otros) que, aunque tienen puntos en

común, en esencia son creencias bastante dispares.

En sus primeras etapas se dan a conocer mediante la predicación itinerante y, de este modo, su difusión fue bastante rápida, trasladándose de territorios germánicos a las regiones del sur de la actual Francia, el noroeste de la Península Ibérica y algunos territorios del norte de la Península Itálica (Moore, 1989, 33).

La principal característica de los cátaros es su interpretación de las sagradas escrituras, dado que su conclusión a partir de las misma es de una visión dualista, donde Dios es el señor de un mundo inmaterial relacionado con los espíritus/almas en contraposición al mundo terrenal que estará controlado por el diablo o una entidad semejante. Esta concepción hará que rechacen el mundo material desde diversas perspectivas (Alomar Esteve, 1976, 21-22).

Asimismo, uno de los pilares en los que sustentarían sus creencias será la oposición a los privilegios de la Iglesia católica, hay ejemplos claros como los ataques hacia los diezmos y otros impuestos que pagaba el pueblo a las jerarquías eclesiásticas, un punto que será recurrente en otras herejías previas y posteriores, (Le roy Ladurie, 1988, 48-49).

Los cátaros se consideraban los verdaderos cristianos, ellos mismos nunca se refirieron a sí mismos con el apelativo de cátaro, se llamaban *bons hommes*, *bons dammes*, *bons crestians*, entre otros apelativos similares, he incluso en la época, en cada región solían ser denominados por sus perseguidores de diversas maneras, como *bugres* en la Champaña francesa y Borgoña, *patarinos* en Italia, *pifles* en Flandes, *Katharos* y *maniqueos* en Alemania, o, *albigenses* y *maniqueos* en Occitania, (Grau Torra (2012) 75-76). Se les considera una respuesta a la decadencia de la Iglesia oficial en la que buscaban una mayor pureza basándose en «los evangelios, las cartas de Pablo, las siete Epístolas canónicas, los Hechos y el Apocalipsis» (Moore, 2014, 211).

Como en casi todo tipo de herejías y más cuando son perseguidas por fuerzas terrenales superiores a ellas, sus cuerpos doctrinales no son especialmente precisos y en el caso de los cátaros, al evolucionar algunos de sus grupos en diversas localizaciones adaptaban características de estos territorios habiendo divergencias en sus creencias. En este caso, la división más relevante dentro del catarismo fue entre cátaros con un dualismo mitigado y cátaros con un dualismo radical. En cuanto a la versión mitigada, es considerada la más antigua de las dos y tiene un carácter más monoteísta, en ella Dios tiene una mayor preeminencia que el diablo puesto que consideraban a Lucifer como un ángel caído que controlaba el mundo material (Le roy Ladurie, 1988, 11); mientras que,

la versión radical será en la que los cátaros consideren que existe un reino celestial y otro material, que están controlados por dos entidades o principios de similar poder y eternos, en la que cada uno de ellos creó su propio mundo, siendo la entidad benéfica la que creó el mundo celestial y la maléfica el material. Esta visión se muestra en libro cátaro de autor desconocido, titulado *El libro de los dos principios* (Barber, 2014 ,89-90).

Entre estas dos visiones de la doctrina cátara no es monolítica y según la zona en la que se encontraron hubo variaciones en sus actuaciones y los mayores cambios se dieron con el paso del tiempo, debido a los drásticos cambios que sufrieron. No obstante, también hay que recalcar que, a pesar de estas diferencias, tenían una conciencia clara de fraternidad entre grupos; claro ejemplo de ello es que cuando huían de sus perseguidores fueron aceptados en diversas comunidades de otras regiones.

3.3. Consolidación del catarismo en Languedoc y en el noreste de la Península Ibérica.

Unos de los principales puntos de inflexión en lo que al desarrollo del catarismo se refiere es el Concilio de Caraman, que como su nombre indica fue realizado en un castillo en el Languedoc, denominado Saint-Félix de Caraman, en el año 1167, dando así comienzo un movimiento cátaro con unas reglas bastante definidas en el sudoeste europeo.

Este concilio fue presidido por una suerte de pontífice cátaro llamado Niquinta o Nicetas (la historiografía diverge en su nombre, apareciendo ambas formas en diferentes estudios, como, en el caso del primer nombre: Gascón Chopo (2008), 140, y en el caso del segundo: García Cortázar (2012), 345, de procedencia oriental. La localización de dicho concilio fue en la región occitana de Lauragais.

En este concilio se nombraron obispos cátaros para aquellas zonas en las que no hubiese y se delimitaron las demarcaciones de los obispados cátaros, tanto de los recién formados como de los ya existentes (Grau Torras, 2009-2010, 386). También, y no menos importante, es el hecho de que se configurara el camino doctrinal a seguir que, a partir de este punto, sería ya el de un dualismo radical. A partir del concilio el dualismo mitigado solo se podrá encontrar en algunas comunidades del norte de Italia.

Esta consolidación radical consistió en la división de los propios cátaros en la siguiente jerarquía: por un lado, los perfectos, los verdaderos cátaros que tenían el privilegio de

imponer el *consolamentum*¹, el *melioramentum*² y podían bendecir el pan o los alimentos. Además, se consagraban a una vida de ausencia de lujos, de lujuria y evitaban comer productos alimenticios derivados de especies que procrearan de manera carnal³, siguiendo así un modo de vida evangélico.

Por otro lado, los simples creyentes tenían una amplia libertad en sus actuaciones; lo único que se les pedía era que creyeran en dogmas cátaros como la reencarnación hasta llegar a un cuerpo humano cátaro, o el rechazo de algunos de los sacramentos de la Iglesia católica. Estos creyentes recibían el *consolamentum* justo antes de su muerte, momento en que se les alentaba a entrar en estado de *endura*⁴, de tal manera que en ese periodo no acumulaban ningún pecado en sí mismos y así sus almas volverían al cielo, salvándose de la reencarnación⁵ (Le Roy Ladurie, 1988, 11, 513).

Como dice J. A. García Cortázar, (2012), 345, a partir de este concilio, se les puede ver como una religión propia y separada del cristianismo, más cercana a una modalidad del maniqueísmo. Desde otra óptica, como apunta E. Mitre Fernández, (2007, 92-93), se puede entender como una visión cristiana reformulada a través de un prisma maniqueo, de modo que pudiera considerarse otra religión pero con una misma matriz en común con el cristianismo.

Esta será una época dorada en la que el catarismo se introducirá en las ciudades y tendrá el respaldo tanto de las élites civiles como de algunos nobles; su número de integrantes aumentará conformando núcleos que terminarán por llamar la atención de la Iglesia romana y, por ello, se dará su consiguiente persecución.

Se conocen otros concilios menores cátaros posteriores, como el concilio de Mirepoix en el año 1221, donde participaron miembros de territorios aragoneses y catalanes como

¹ Rito equiparable al bautismo cristiano, que mediante la imposición de manos se convertía a otras personas en cátaros, por un lado tendríamos un tipo de *consolamentum* por el que un creyente pasaría a aumentar las filas de los perfectos y por otro el que se les haría a las personas antes de su muerte liberándolos de sus pecados hasta ese momento. Nelli, 1997, 96-97.

² Adoración que llevaban a cabo los simples fieles al perfecto del culto cátaro, dado que consideraban que estos mostraban la presencia del Espíritu Santo, y consistía en unos pequeños rezos de rodillas frente a él, Nelli, 1997, 197.

³ Dado que los cátaros pensaban que los seres vivos con este tipo de reproducción producían una carne que estaba demasiado apegada al mundo material, mundo que consideraban obra de diablo y por tanto pecaminoso, Nelli, 1997, 87.

⁴ Tras un recitar un *padre nuestro*, se hacía un ayuno voluntario que conducía a la muerte. Se especula (Nelli, 1997, 113-114) que en algunas ocasiones se pudieron llegar a utilizar métodos más lesivos como exponerse a una climatología adversa o incluso seccionarse las venas.

⁵ Creencia cátara, particularmente patente entre los occitanos, en la que la única forma de la salvación de las almas era la sucesiva reencarnación de las estas en cuerpo humano o animal hasta el momento en el que renacieran en el cuerpo de un fiel al catarismo, momento en el que podría “salvar” el alma o que esta ascendiera al cielo, que era su legítimo lugar y el único en el que podía descansar en un estado de paz. Nelli, 1997, 253-255.

el conde de Pallars o Arnau de Castellbò (Smith, 2013, 34). Otro ejemplo es el concilio de Pieusse en el año 1225 o 1226, en el que se menciona a Pere de Corona, *diaconus haereticorum de Catalonia*, viendo con ello la consolidación de una preceptura en territorio peninsular (Gascón Chopo, 2003, 104). Otro concilio más es el de Ravat en el año 1244. En general este tipo de concilios se dieron para crear estrategias para defenderse de los cruzados (Ventura Subirats, 1960, 125) o intentar que las distintas facciones cátaras pudieran unirse, aunque nunca llegaron a hacerlo (Moore, 2014, 341) o para objetivos más formales como puede ser las fronteras de las distintas diócesis cátaras o la creación de otras nuevas. (Mestre Godes, 1995, 229).

3.4. La cruzada y sus consecuencias para el catarismo.

El catarismo urbano con defensa de los poderosos se terminará con la llamada cruzada albigense (1209-1229), esta es la primera cruzada convocada por un papa en suelo cristiano, aunque bien es cierto que unos años antes en la misma zona occitana se hizo un amago de cruzada por parte de la Iglesia de mano de Enrique de Marcy, en los primeros años década de los 80 del siglo XII, aunque atacaron algunas ciudades como Lavaur no consiguieron resultados concluyentes (Barber, 2014, 114-115). La cruzada albigense derivó de la idea de que “sistematizar la persecución de la herejía o extender las acusaciones de heterodoxia serán actividades inseparables del fortalecimiento del poder papal” (Mitre Fernández, 2007, 63).

En un comienzo, el papa Inocencio III tuvo reparos en hacer el llamamiento a esta cruzada y, antes del uso de la fuerza, el papa intentó, mediante una serie de coloquios con los cátaros por parte de clérigos y monjes, la conversión de los herejes, resultado que no lograron conseguir, entre estos debates tenemos varios como el Servian que duró ocho días o el de Montréal que duró quince, anterior a estos, tenemos un coloquio en el año 1204 creado por el rey Pedro II de Aragón (Moore, 2014, 264).

Por otro lado, hay que tener en cuenta que incluso con la defensa de sus señores y la amplitud a la que llegaron las comunidades cátaras, estas nunca pasaron de ser una minoría en comparación al grueso católico (Alomar Esteve, 1976, 37), lo cual hacía que fuese complicada la aceptación de una intervención armada a gran escala en el territorio del actual sur de Francia, gobernado en este momento por el conde de Toulouse.

Aparte de los privilegios espirituales habituales que se les concedían a los cruzados de Tierra Santa, se hizo más atrayente esta propuesta para los cruzados con la promesa de

poder requisar las propiedades de aquellas personas acusadas de herejía (Moore, 2014, 266). Esto hizo que las actuaciones de estos defensores de la fe católica, en numerosas ocasiones, fueran cuestionadas incluso por la propia Iglesia, siendo este un perfecto ejemplo de cómo, desde un llamamiento religioso al exterminio de los herejes, al final las cuestiones terrenales, económicas y políticas, llegarían a pesar tanto o más en las actuaciones de los cruzados como el propio motivo fundacional de la cruzada de extinguir la herejía cátara.

Al final, las continuas tensiones entre la nobleza y el clero en la zona occitana acabaron por explotar con el asesinato de un legado pontificio el 15 de Enero de 1208, llamado Pedro de Castelnau por parte de un súbdito del conde de Tolosa, lo que acabaría por decantar la balanza hacia una solución violenta por parte del papado y proclamar la cruzada contra estos territorios (Mestre Godes, 1995, 67).

Se trató de un conflicto que mezcló tanto lo religioso como la geopolítica de la época, teniendo como protagonistas al papado, impulsor principal de la cruzada, y a la nobleza del norte de Francia, con Simón de Monfort a la cabeza en las primeras etapas. Posteriormente, en las etapas finales de la cruzada, los cruzados también recibieron ayuda de los Plantagenet, monarcas de Inglaterra en esos momentos, dado que tenían intereses territoriales en Occitania. Además, participaron los gobernantes de la Corona de Francia. En la pugna por estos territorios, tras una contienda entre estas dos dinastías, finalmente salió beneficiada la dinastía de los Capeto, beneficiada por el hecho de que los territorios occitanos eran más accesibles a los ejércitos franceses, (Grau Torras, 2012, 117), también ayudó en las ambiciones de los Capeto que el dirigente de la cruzada, Simon de Monfort y muchos de los caballeros que le acompañaron fueron señores del norte de Francia (Flori, 2010, 78).

Por otro lado, como represaliados de esta ofensiva militar se encontraron las poblaciones occitanas, como el condado de Tolosa, el vizcondado de Narbona o el condado de Foix, siendo estas las poblaciones más significativas (Mestre Godes, 1995, 29), y, en las primeras etapas de la cruzada, también se implicó en defensa de estos pueblos la Corona de Aragón, con el Rey Pedro II, como garante de los derechos de sus vasallos. Aunque esta participación terminaría de facto, con la batalla de Muret (12-09-1213), donde falleció el rey aragonés, y con esta muerte la implicación de la Corona de Aragón en este conflicto, esto supuso la pérdida de la mayor parte de los derechos que los nobles aragoneses y catalanes tenían sobre estas tierras (Alvira Cabrer, 2008, 88-89). También hay que apuntar que los pobladores occitanos perdieron a su

principal defensor contra los ataques de los cruzados a causa de esta retirada, lo que dejó vía libre a todos aquellos poderes que apoyaban la cruzada (Flori, 2010, 67).

La Cruzada fue un movimiento sangriento que superó con creces los objetivos con los que fue creado y fue el punto clave para la inclusión efectiva de los territorios occitanos dentro de las posesiones del rey de Francia. Llegados a este punto, cabe añadir que a muchos nobles occitanos no se les ejecutó sino que se les condenó a ser cruzados en Tierra Santa; con esto, algunos de ellos limpiaron su nombre de la mácula cátara (Flori, 2010, 67). También es cierto que no fue inmediata la aceptación por parte de las poblaciones occitanas del control por parte de la Corona francesa, aunque finalmente se convirtieron en una parte más de lo que hoy es Francia.

Aunque los cruzados se retiraron, la persecución se mantuvo a manos de la inquisición y de los poderes civiles. Así pues, pasadas casi dos décadas del final de la cruzada, en marzo de 1244, caería en manos católicas el castillo de Montségur, conocido como la *sinagoga de Satán*, que fue la última iglesia cátara en caer (Alvira Cabrer, 2008, 251), y con esta pérdida se acabaría el último reducto de la presencia cátara en los centros urbanos y así quedaría en el olvido la época en la que los cátaros tuvieron el apoyo de la élites del momento. Por ello, los cátaros que sobrevivieron se vieron abocados al exilio o a esconderse y camuflarse para no ser capturados y ajusticiados (Mestre Godes, 1995, 239).

3.5. El último resurgir cátaro y su desaparición

Después del panorama descrito, se produjo un resurgimiento cátaro entre finales de siglo XIII y comienzos del siglo XIV, momento en que los cátaros que aún sobrevivían eran perseguidos y abocados a esconderse, se habían trasladado al campo teniendo ahora como valedores a mercaderes y los habitantes de los pueblos en lugar de nobles. Por su propia integridad y seguridad, la actitud más frecuente era la de huida a otros países, y dada la cercanía las Península Ibérica e italiana fueron a las que más migraron, refugiándose en comunidades católicas o heréticas, tanto cátaras como de otras corrientes heréticas, pero siempre y cuando estuvieran opuestas al papado; ejemplo de comunidades católicas, es el caso de los gibelinos en Italia, teniendo en común su oposición al Papado, razón por la cual estas fueron zonas donde se pudieron refugiar (Ventura Subirats, 1960, 129-130). En la Península Ibérica, estos herejes

cátaros se unieron a grupos beguinos⁶ (Grau Torras, 2009, 21), esto fue debido a la presencia de estos en los caminos europeos dedicados al camino de Santiago (Perarnau Espelt, 1980,620).

Debido a lo peligroso que era ser cátaro en esta época, los "perfectos" regresaron a sus prácticas originales y de nuevo predicaron de manera itinerante. Aunque la predicación por los caminos era bastante complicada en estos tiempos, había lugares donde predicaban con cierta comodidad, como las ferias rurales y, curiosamente, las misas católicas, donde, por obligación, se tenía que reunir todo el pueblo y por tanto era un buen lugar para hacer planes y expandir sus ideas. Por otra parte, los cátaros solían esconderse en los bosques adyacentes a los pueblos y se ganaban el sustento de diversas formas como podía ser la mendicidad, o a través de pequeños pagos o regalos por sus servicios espirituales, así como en diversos desempeños como la ganadería, la tala de árboles y la confección de tablillas para los tejados; asimismo, también hubo tejedores, y vendedores ambulantes entre otras profesiones (Le Roy Ladurie, 1988, 30-31,120,131, 383); de esta manera consiguieron dar un último resurgimiento al movimiento cátaro. Una buena razón por la que consiguieron sobrevivir este lapso temporal fue por su modo de hacer las cosas, perduró el catarismo en núcleos familiares cerrados (idea que desarrolla como *La domus* Le Roy Ladurie⁷), con la finalidad de conseguir que los matrimonios pudieran ser entre creyentes cátaros; debido a la existencia de una gran solidaridad tanto entre los propios cátaros y como, en otras ocasiones, por gente externa a su grupo, que resultaba lo suficientemente empática y, que ya fuera por bondad o por amistad con algún cátaro, aun arriesgándose a sufrir las penas sumamente duras que podían recibir los colaboradores de la herejía, ayudaban a los herejes a esconderse o los proveían de alimentación o ropas.

También se ha de suponer que los sacerdotes locales no eran muy estrictos e incluso complacientes con los creyentes cátaros puesto que solamente una denuncia suya hubiera hecho que este resurgimiento cátaro hubiera sido mucho más corto, hecho del

⁶ Sociedades cristianas que a partir del siglo XI, se dedicaban a ayudar a las viudas de los cruzados y a mujeres desprotegidas, originariamente surgieron en la zona de Países Bajos y Alemania, pero posteriormente se asentarían en la Península Itálica y en menor medida en la Ibérica, pero debido a que no tenían reglas fijas como orden y a su dispersión en numerosas ocasiones acabaran aceptando ideas fuera de la ortodoxia católica y siendo considerados herejes (Morales Borrero, 1992, 320-321).

⁷ El concepto de *domus* en la obra de Le Roy Ladurie, entendido como la casa y tierras de cada familia, y los miembros que allí habitaran, ya estuvieran unidos por consanguineidad o por matrimonios. Sería la unidad doméstica por la que se midiera la sociedad bajomedieval del sur de Francia. Siendo así, tanto para los propios habitantes de estas poblaciones como para aquellos ajenos a las mismas, las faltas o bondades de una persona individual, se trasladarían a las de toda su *domus*.

que no se tiene constancia que se llevase a cabo y dado que llegó a su fin por el trabajo de la Inquisición.

Esta última comunidad cátara se formará alrededor de los hermanos Autier, todos con la categoría de perfectos, entre ellos Pedro y Guillermo que eran hermanos, y el hijo de Pedro, el cual se llamaba Jaime (Pierre, Guillaume y Pierre Authié, como son mencionado por Le Roy Ladurie (1998)). Su actividad se centró en el alto condado de Foix y fueron miembros del entorno familiar del conde de Foix. Reunieron una comunidad cátara alrededor del poblado de Montailou⁸ y poblaciones adyacentes. Finalmente, por causa de un tribunal inquisitorial de Carcasona, compuesto por dominicos, fueron capturados y ejecutados en la hoguera entre 1309 y 1310. Así acabo el último intento serio del resurgimiento de la doctrina cátara (Jiménez Sánchez, 2005, 72-73).

A raíz de este último grupo aún sobrevivió un perfecto cátaro, llamado Guillermo Belibaste, la importancia que puede tener este personaje en el presente trabajo es que su predicación, una vez huido de la persecución inquisitorial en el sur de Francia, se dio en territorio peninsular, ya que tras un periplo como predicador itinerante por ciudades como Flix y Lérida o Tortosa se instaló en Morella, una localidad del Reino de Valencia en 1313 (Ventura Subirats, 1960, 141). Lo interesante de este personaje es que su modo de pensar y de actuar está recogido de forma exhaustiva debido al inquisidor Arnaud Sicre, siendo así una de las mejores muestras de las doctrinas cátaras, aunque dado la características de este perfecto, como puede ser: su gran carisma y una desviación de las propias doctrinas cátaras, hay que tomarlo como una versión del catarismo alejado de las actuaciones de los perfectos cátaros del siglo anterior. Finalmente fue ejecutado en el 1321 tras ser capturado por la Inquisición y, debido a que uno de los preceptos cátaros es que el *consolamentum*, rito por el que se convertía un creyente en perfecto, solo lo podía dar un perfecto y dado que Belibaste es el último perfecto conocido en estos territorios, se puede dar por acabado el catarismo en la Península Ibérica tras su muerte. Aún quedaría alguno en Occitania y perdurarían unos siglos más en Europa Oriental (Grau Torras, 2012,420-423).

A diferencia de los cátaros que encontramos en el siglo XII y a principios del XIII, de los cuales se podría decir que estaban más apegados a los evangelios y sus desviaciones del dogma oficial se debían a interpretaciones de los mismos, en estos últimos cátaros

⁸ Considerada “la última aldea que apoyo de modo activo en cuanto a tal la herejía cátara (...) ésta desaparecerá (...) tras ser definitivamente extirpada en 1318-1324” (Le Roy Ladaurie, 1988, 10)

encontramos fragmentos de pasajes bíblicos que no se encuentran en ningún evangelio conocido y, por tanto, se desconoce su procedencia o si fueron creados *de facto* por estos cátaros. Un ejemplo de esto aparece señalado en Duvernoy, 1987, página 41: «[...]Dios ha dicho que aquel que solo sepa una buena palabra, si la observa tiene el mismo mérito que el que sabe ¡cien mil!».

Además de la lectura de los evangelios, en esta época existe la constancia de que poseyeron un libro sagrado, que era un compendio de almanaque, fragmentos comentados de los evangelios y textos propios de los herejes: «“calendario” llamado también “libro de los heréticos” o “libro de la santa fe de los heréticos» (Le Roy Ladurie, 1988, 338), que era usado para hacer juramentos rituales.

Por otra parte, hubo ciertas actitudes laxas por parte de los perfectos cátaros con algunos de los preceptos doctrinales cátaros pero se puede entender dentro de la situación en la que se encontraban, de persecución y peligro de muerte, y en su pugna por la conversión de fieles que tenían que adaptarse a las costumbres locales más arraigadas como el matrimonio, el bautismo, la confesión (se hacía con el sacerdote católico de manera parcial evitando declarar nada que pudiera ser sospechoso y que pudiera recaer en castigos tanto para ellos mismos como para sus allegados), la adoración a la Virgen María o a los Reyes Magos. Asimismo, se sumaban a diversos tipos de supersticiones regionales, tales como la creencia en los movimientos lunares, o maldiciones de brujos y adivinos. Por otro lado, en las localidades a las que fueron comenzó a extenderse la presuposición de que con la sola presencia de estos hombres santos cátaros creaba la seguridad de una buena cosecha (Le Roy Ladaurie, 1988, 250, 315, 418, 445, 460, 466, 469, 480-482). El sentimiento cátaro era doctrinalmente opuesto a todas estas prácticas, pero debido a la situación de persecución en la que se encontraban, se vieron obligados a adaptarse a todas ellas y practicarlas con relativa frecuencia.

4. La Iglesia Católica y su implicación contra el catarismo

4.1. Derecho canónico de corte antiherético

La lucha contra la herejía en general y contra los cátaros en particular se llevó a cabo por parte de las autoridades eclesiásticas mediante legislaciones propias e incidiendo en los gobernantes de territorios católicos para que crearan leyes específicas para la persecución y castigo tanto de las poblaciones heréticas como de cualquier persona que tuviera a bien ayudarles de cualquier modo.

Este tipo de legislaciones antiheréticas fueron desarrollándose y acotándose a lo largo de los años y fue una buena forma de control social tanto para la Iglesia como para los poderes civiles. Estas leyes se basaron en obras de carácter antiherético como el *Liber Antiheresis* de Durand de Huesca, en el que se discutían y definían aspectos de la ideología de los herejes, en este caso valdenses⁹ y se especula que también cátaros (Grau Torras, 2009. 8-16); dicho libro fue un ejemplo e inspiración para otros autores posteriores que polemizaron contra de las herejías.

Otro libro importante en cuanto a la herejía cátara es *Trece sermones contra cátaros* de Ecberto de Schönau, donde aparte de ser el creador del término cátaro, sentó las bases de lo que creyó la Iglesia a posteriori sobre los principios doctrinales cátaros (Moore, 2014, 189-191).

No hay que olvidar que los diversos tipos de órdenes eclesiásticos fueron la herramienta ideológica para, mediante sus discursos, demonizar a cualquier tipo de disidencia. Esto fue llevado a cabo por los cluniacenses, cistercienses y premonstratenses, entre otras órdenes, que se dedicaban a predicar deformando las doctrinas reales de los herejes, que pudiera haber e intentar que las herejías contemporáneas a su época, se asimilaran con las herejías antiguas, las cuales ya estaban en el imaginario de la Iglesia vistas como perversas (Jiménez Sánchez, 2005, 58).

En el seno de la Iglesia Católica, en un principio, habría dos corrientes de opinión: una en la que los eclesiásticos querrían que los castigos contra los herejes fueran puramente de naturaleza espiritual, como la excomunión; y otra, con los que abogaban por penas de

⁹ Movimiento religioso cuyo nombre deriva de su fundador, Valdés o Valdo, el cual en una crisis de conciencia decidió repartir todas sus pertenencias y comenzar a predicar el evangelio. Este movimiento de engloba en las sectas cristianas de pobreza evangélica, su pensamiento era cercano a la ortodoxia católica, pero se diferenciaba en unos pocos puntos, como la traducción de la Biblia y la inclusión entre los predicadores de mujeres y personas laicas. Esto hizo que fueran el objetivo de la persecución de la Iglesia, pero dado que era una escisión muy cercana a la ortodoxia oficial, mucho de sus miembros volvieron a la filas católicas (Grau Torras, 2012, 204-207).

carácter temporal, como las penas de cárcel o la confiscación de bienes (Sánchez Herrero, 2005, 20-21). Esto avanzó a través de los años con penas cada vez más punitivas hacia los acusados.

Dichos movimientos se realizaron a través de legados papales llevados a diversos territorios, por ejemplo como cuando Pedro Venabento promulgó una constitución de paz y tregua en nombre de Jaime I en el año 1214 en sus territorios (Grau Torras, 2012, 263) y mediante el envío de misivas por parte de los sucesivos pontífices romanos a determinados miembros de la nobleza, tenemos como ejemplo la carta que Inocencio III mandó a la reina Sancha de Aragón en el año 1203 (Alvira Cabrer & J. Smith, 2006, 65) o a las iglesias locales, como es el caso del documento enviado por el Papa Gregorio IX al obispo de Burgos en 1238 para que buscara herejes, posiblemente cátaros (Fernández Conde, 2005, 410). Estas acciones estaban destinadas para que los implicados directos tuvieran instrucciones precisas de la manera más eficaz de actuar contra los movimientos heréticos.

El primer cambio sustancial a tener en cuenta para esta época será la Reforma Gregoriana y su aplicación por los sucesivos Papas, fue un proyecto de renovación de la Iglesia por parte de Gregorio VII (1073-1085). En su comienzo, su principal objetivo era acabar con los propios vicios de la Iglesia, pero con el tiempo derivó en el intento de afianzamiento del Papa como cabeza de todos los territorios cristianos católicos, tanto de manera espiritual como terrenal. Para ello, una de sus herramientas más eficaces en el interior de los territorios católicos fue la persecución de todos sus enemigos y de ellos, el enemigo más visible fueron las distintas herejías. Mientras que en el exterior de sus territorios, los enemigos principales a combatir eran los judíos y los musulmanes. (Jiménez Sánchez, 2005, 57-58). Otra de las misiones de esta reforma es que todos los territorios cristianos tuvieran unas pautas doctrinales similares y una organización bien estructurada dependientes de Roma, lo que nos lleva al caso de los territorios occitanos donde autores como Jesús Mestre Godes, concluyen que esta reforma eclesiástica no se había implementado correctamente en estos territorios lo que dejó vía libre para la introducción del catarismo (Mestre Godes, 1995, 60-61).

Comienzo por edictos anteriores a la constatación de cátaros por parte de la historiografía pero que sientan la base para los que les precederán. Por ejemplo el concilio de Reims (1049-1054), la novedad en el canon antiherético de este concilio fue que las penas contra los herejes no mencionaban a ninguna herejía ni ningún contenido herético por lo que se habría a condenar a cualquier persona tomada como tal (Moore,

2014, 177). Otro es el concilio de Toulouse (13-09-1056), en ambos concilios se imponen penas de excomunión contra los herejes y sus ayudadores. Más o menos en la misma época, empezaran a aceptar castigos de corte temporal, pero con la prohibición expresa de papa Alejandro II (1061-1073) de las penas de muerte.

Después, el papa Alejandro III (1159-1181) celebrará el concilio de Tours (1163) en el que entran en vigor medidas como la prohibición explícita a todos los sacerdotes de cualquier tipo de asistencia o ayuda hacia los herejes; se obligaba también a los gobernantes laicos a que colaboraran en la persecución de los herejes. Esta será la misma época donde se cita por primera vez la presencia de cátaros en la actual frontera alemana occidental. El mismo papa también realizará el concilio III de Letrán, en 1179, en él ya se nombrará a los cátaros como un tipo de herejía específica, además será el concilio en el que se vuelva a instar a los nobles para que persigan a los herejes, haciendo por primera vez un llamamiento a la cruzada en suelo cristiano, en el Languedoc, para lo que se envió a un cardenal llamado Enrique de Marci, como legado papa. Este, aunque tomó la ciudad de Lavaur, no consiguió unos resultados especialmente satisfactorios, ya que la presencia de los herejes en esta zona no hizo sino acrecentarse (Sánchez Herrero, 2005, 20-22).

Con el siguiente pontífice, Lucio III (1185-1187), se lleva a cabo el Concilio de Verona (1184), donde se consigue un acercamiento con el emperador Federico I Barbarroja, tras los enfrentamientos entre el Imperio y el Papado, con la creación de leyes de manera conjunta, también para los territorios del Imperio. En este concilio participó gran número de altos cargos eclesiásticos y nobiliarios, pudiendo así llegar a un gran número de poblaciones se decretó la constitución:

Ad abolendam «contra los cátaros, los patarinos, los que se llaman falsamente humillados y los pobres de Lyon, los josefinos, los arnaldistas» y todos los que se dan a la predicación libre y creen y enseñan contrariamente a la Iglesia católica sobre la Eucaristía, el bautismo, la remisión de los pecados y el matrimonio. (Sánchez Herrero, 2005, 23).

Esta constitución se centrará sobre todo en los heréticos relapsos¹⁰, y se marcarán las pautas para creación de una primera Inquisición episcopal, legislando sobre los procedimientos, sobre los testigos, además de hacer un aviso a los gobernantes sobre las

¹⁰ Herejes que una vez juzgados, siguen manteniendo su posición. También se incluye en este término a aquellos que una vez habían abjurado de su herejía, volvían a cometerla de nuevo. Según Sánchez Herrero (2005, 23): «el que reincide en un pecado del que ya había hecho penitencia».

consecuencias que podía tener el apoyo a cualquier tipo de desviación del dogma oficial de la vertiente católica. (Moore, 2014, 226-227).

El siguiente papa que legislaría contra la herejía, y probablemente el que más hizo por la eliminación del cátarismo en particular y de la herejía en general, fue Inocencio III (1198-1216), quien hizo una bula llamada *Vergentis in senium*, que sería especialmente importante debido a que equiparaba a los herejes y a sus protectores como culpables de un delito de lesa majestad divina, basándose en el derecho romano¹¹, donde quien ofendiera o se opusiera a Dios sería castigado con diferentes penas que podían llegar a la pena de muerte y, en el plano terrenal, se considerarían las mismas penas para aquel que atentase contra el emisario divino que, en este caso, sería el papa y por extensión toda la institución de la Iglesia (Grado Giovanni, 2008, 19-22). Además de todo esto, Inocencio III fue el impulsor definitivo de la cruzada Albigense, que arrasó el actual sur de Francia, fruto de la cual el catarismo, en particular, entró en una recesión de la cual nunca se levantaría hasta extinguirse unas décadas después como se explica anteriormente. Todo esto se concretó en Concilio IV de Letrán (1215) lo que formalizó dentro del derecho canónico las funciones y prerrogativas de los inquisidores, además de un aumento en la gravedad de las penas impuestas. En este momento la inquisición ya tendrá unas normas fijas, fruto del desarrollo de todo el derecho canónico trabajado hasta entonces. (Moore, 1989, 15-19)

El siguiente pontífice, el papa Honorio III (1216-1227) siguió en la misma línea que su predecesor y se dedicó a intentar implantar estos nuevos cánones del concilio IV de Letrán entre los diversos territorios con reyes del occidente europeo.

Su sucesor, Gregorio IX (1227-1241) prosiguió con la implantación de los preceptos de sus antecesores y en el concilio de Toulouse (1229), agravarán las penas que llegan a ser «tratados con la *animadversio debita*, esto es, el suplicio del fuego» (Sánchez Herrero, 2005, 29) y con penas más duras para cómplices, arrepentidos y encubridores. Este pontífice promulgó la constitución *Excommunicamus* (1231), por la que otorga exclusivamente el derecho a sentenciar sobre cualquier herético a la Iglesia, consiguiendo así un enorme poder judicial que en principio correspondía a los gobernantes de cada territorio, y reúne los procedimientos hasta entonces compilados y los distintos tipos de penas que les imponían a los heréticos (Sánchez Herrero, 2005, 25-

¹¹ «Inherente en la ley imperial *Quisquis* (397), también incluida en el *Decretum* de Graciano», (Alvira Cabrer & J. Smith, 2006, 78-79). En este caso, del derecho romano, la ofensa u oposición al emperador era considerada un delito grave.

32).

Tras estos pontífices se eliminaron algunas leyes, evolucionaron otras pero las bases de la persecución contra los enemigos de la Iglesia estaban formadas y gracias a estas disposiciones fue posible la implacable persecución, apresamiento y, en una multitud de casos, la ejecución de aquellos que osaron llevarle la contraria a los preceptos oficiales del Papado y sus designios.

4.2. La Inquisición, orígenes y relación con la herejía

El origen de la Inquisición es un tema en discusión entre la historiografía. Algunos autores como Grau Torras (2012, 148), proponen que su origen es dado como contestación a la proliferación de la herejía en tierras católicas e incluso algunos autores como Mestre Godes (1995, 85), afirman que su creación es una contestación por parte de la iglesia al catarismo; por otra parte encontramos a otros autores como Jiménez Sánchez (2005, 55), que no le dan esa importancia a la presencia de brotes heréticos, si no que se la dan a la propia evolución de la Iglesia Católica en esta época, poniendo el tema de la herejía y más el del catarismo como temas que pudieron ayudar a la consolidación de la Inquisición pero que en ningún caso fueron la causa principal de su origen.

La Inquisición será la máxima expresión del poder pontificio en territorios que en un principio son ajenos a él, convirtiéndose en una organización que persiguió la disidencia de la fe católica allá donde pudo y en cualquier territorio al que llegara a tener acceso. Manejada por los poderes civiles y eclesiásticos, fue una herramienta extremadamente eficaz de control social y de poder político, por medio del miedo de cualquier persona a ser acusado y condenado; se instrumentalizó así un poder, que un comienzo hubiera tenido que ser puramente espiritual pero que se fue convirtiendo paulatinamente en un poder temporal en la práctica.

La lucha por el control absoluto de los designios de esta organización por parte de la Iglesia será el motivo por el que se convierta en un ente incómodo para los dirigentes de algunos territorios y paulatinamente esta será una de la razones de su desaparición, pero esto ocurrirá posteriormente, al momento histórico que nos ocupa. Aquí me centraré en sus orígenes e inicios, que ocurrieron a la par del surgimiento del catarismo y su declive, e intentaré correlacionar ambos temas.

La creación de la Inquisición no se debe únicamente al seno de la Iglesia, aunque fuera el núcleo central, con sus ordenes mendicantes, canonistas, teólogos y a la cabeza de todos ellos el Papa; sino que también pusieron mucho de sí los poderes políticos, tanto el emperador, los reyes, los señores feudales y el mismo pueblo creyente (Sánchez Herrero, 2005, 26-28).

En un comienzo, antes de que los inquisidores se organizaran como una institución, los religiosos dedicados a la persecución de herejes y cualquier persona fuera del dogma oficial de la Iglesia, solo podían castigar con las penas prescritas en los códigos legislativos de cada territorio, a aquellos que ya habían sido capturados.

En el Concilio de Verona, con su constitución *Ad abolendam*, habrá un giro de los acontecimientos, ya que desde este momento habrá una búsqueda organizada de quienes se pensaba que eran herejes, todo organizado por los obispados correspondiente de cada territorio. Así se consolida la que se denomina historiográficamente *Inquisición episcopal*. Dado que el trabajo de los obispos en la persecución de los herejes no fue siempre del agrado del papado, se comenzó a enviar legados papales con una jurisdicción determinada donde pudieran efectuar sus persecuciones. A esto se le llamará *Inquisición legatina*. Será Inocencio III, en 1198, quien ordenará como legados apostólicos a toda una orden mendicante, que serán los monjes cistercienses, en este caso enviados al condado de Toulouse (Sánchez Herrero, 2005, 22-24). Este será el comienzo de la Inquisición Medieval tal como se conoce en la actualidad, pero aún quedan algunos pasos más para su completo afianzamiento.

Durante y tras la Cruzada Albigense, se puso en funcionamiento la Inquisición para acabar con cualquier rescoldo de herejía en los territorios de Languedoc, siendo sus principales objetivos heréticos los valdenses y cátaros, que fueron las herejías más destacadas en este territorio durante esta época. En estos años, el Papa proclamará la legitimidad de las persecuciones y de las penas por ellos impuestas, a partir de 1215, el proceso *per inquisitionem*¹² está formulado a la perfección. En este momento, existirá un gran número de miembros organizados, con autoridad pontificia, y que trasladarán sus funciones a otra orden mendicante, la de los dominicos. La historiografía la llama en estos momentos *Inquisición monástica o frailuna*. (Sánchez Herrero, 2005, 26).

¹² Proceso que otorgaba legitimidad a las investigaciones (inquisiciones) del obispo; se exigía que la investigación *ex officio* fuera realizada y se aprobaban las penas que se derivaran contra el reo (Sánchez Herrero, 2015, 26)

En el Concilio de Toulouse, se fijarán definitivamente los procesos por los que se debían guiar los inquisidores; La comisión parroquial se encargaba de la búsqueda e identificación de cualquier tipo de disidencia y de denunciarlo a sus superiores eclesiásticos, esto se hacía con la ayuda de los baílíos de justicia, que tenían la obligación de auxiliar a los inquisidores en su búsqueda, y finalmente solo podría juzgar la culpabilidad de los apresados, o bien un obispo o un legado del mismo. La constitución *excommunicamus*, mencionada anteriormente, sería la guía para la persecución de la herejía desde este momento. Durante el mandato del Papa Gregorio IX, dentro de la Iglesia se efectuó el Concilio de Toulouse, y siguiendo la idea de su predecesor Inocencio III, decidió darle plenos poderes a los dominicos sobre la institución de la Inquisición, mediante la bula *Ille humani generis*, datada en 1232. Estas disposiciones irán encaminadas a sustituir tanto a los obispos como a los legados pontificios, por una estructura de orden religiosa. (Sánchez Herrero, 2005, 30).

Por otro lado en Navarra, en el año 1238, el mismo Gregorio IX, encargará a los franciscanos hacer una inquisición contra los herejes en la ciudad de Pamplona con «la tarea de descubrirlos y castigarlos sin paliativos» (Fernández Conde, 2005, 409).

Bajo el papado de Inocencio IV (1243-1254) se terminó de constituir la institución de la Inquisición. Este Papa rebajaría la dureza de ciertos tipos de penas impuestas a los juzgados, sobre todo si se reconciliaban con la Iglesia en el periodo de un año. Es paradójico, a este respecto, que en 1252, fuera también reconocida la tortura como método de interrogatorio bajo el mandato de Inocencio IV (Moore, 2014, 322).

Normalmente, los tribunales inquisitoriales estaban compuestos principalmente por jueces, que principalmente eran inquisidores y tendrían poderes totales en materia de herejía. Estos, en un principio, deberían haber cortado cualquier lazo con su orden monástica a la que pertenecieran. Los jueces irían siempre acompañados de un *socius*, esta figura no es otro inquisidor si no un acompañante del primero, que apoyaba al juez, sobre todo en su vida interior, en sus inquietudes y dudas. Además, eran acompañados por un notario, un sargento de armas y carceleros. (Sánchez Herrero, 2005, 31-33). Otra figura dentro de la órbita inquisitorial será la del *familiar*, llamado así porque los inquisidores los consideraban que eran de su “propia” familia. Este *familiar* estaría a mitad de camino entre la obligación de un civil de delatar una infracción y el propio juez. Esta figura evolucionó desde los hombres armados que acompañaban a los inquisidores para evitar los ataques que normalmente recibían debido a su labor, hasta convertirse en una Orden de Caballería, y su misión pasaría a

ser la de defender a la Inquisición de cualquier ofensa o ataque y si les era posible, también debían atrapar víctimas para el Tribunal (Pasamar Lázaro, 1992, 165-166).

En cuanto a su actuación, hacían trayectos por las zonas que las autoridades eclesiásticas les hubieran delimitado y una vez que se asentaban en alguna localidad, lo primero que hacían era dar un *tiempo de gracia*, este sería el momento donde los culpables, voluntariamente podían confesarse, y recibirían penas menores a las habituales. Tras este *tiempo de gracia* se comenzaban con las denuncias que, en principio, eran anónimas para evitar las represalias contra los denunciantes; si se comprobaba que los denunciantes estaban mintiendo serían juzgados, aunque en la mayor parte de las ocasiones el proceso era secreto y toda la información concerniente a los acusadores solo la conocía el Tribunal. Una vez que los acusados eran denunciados, y en el caso de que no se presentaran, comenzaba una persecución contra ellos por parte de los poderes civiles del territorio. Una vez que llegaran ante el tribunal eran interrogados y se les privaría, en la mayoría de los casos, de libertad de movimiento. Posteriormente se interrogaría a los posibles testigos que hubiera en el proceso judicial. Por último, es reseñable apuntar que los acusados no tenían el derecho a contar con un abogado (Mestre Godes, 1995, 89). El último momento del procedimiento judicial inquisitorio era un sermón público en el que se anunciaban los castigos que se hubieran impuesto sobre los procesados (Jiménez Sanchez, 2005, 67), este tipo de sermones generales, tienen dos partes un procesal y otra formal, los sermones variaban según la situación y el caso en la que se encuentre la Inquisición en cada momento (Grado Giovanni, 2008, 97).

El radio de persecución que alcanzaba el Tribunal de la Inquisición fue bastante extenso. En cuanto a la edad de los perseguidos, se dispuso a partir de los 12 años, como deja claro el ejemplo en Montaignou, donde ante la duda de quién pudiera ser cátaro o no, la Inquisición hizo un apresamiento a todo habitante de a partir de los 12 años (Le Roy Ladurie, 1988, 307). En cuanto al grado de culpabilidad, juzgaron desde personas plenamente culpables, hasta personas sobre las cuales solo caían sospechas del delito del que se les acusaba, así como a personas a las que se les suponía ligeramente un delito.

En suma, muchas de las leyes que aplicaban los inquisidores parecían estar más interesadas en las personas que podían ayudar a los herejes que en estos mismos. Esto tenía una doble función, por un lado se aislaba al supuesto delincuente y, por otro, se alzaba como una manera eficaz de plasmar el poder de reacción de los propios

inquisidores, puesto que así podían llegar a personas que en un principio debido a sus atribuciones, en la búsqueda de desviados de la fe, no tendrían la capacidad de juzgar. Pero como aliados, testigos o sospechosos les era más fácil amedrentarlos para que confesaran algo, aunque bien es cierto que las redes clientelares en ocasiones eran fuertes y se dieron casos de encubrimientos entre los pobladores haciendo así que el trabajo de la Inquisición fuera infructuoso (Le Roy Ladurie, 1988, 133).

Además, el abanico temático que tenía la Inquisición se puede resaltar que fue también bastante amplio: juzgaron desde casos puramente teológicos como pudieron ser las distintas herejías, las supersticiones, la brujería, o cualquier tipo de desviación de lo que ellos pensaran que era natural; hasta otros casos que entraban dentro de la órbita civil como los concubinatos o el incesto, casos que no entrarían estrictamente dentro de sus atribuciones naturales como Tribunal eclesiástico; lo único que tuvieron que hacer fue imbuirlo de algún tipo de religiosidad, como por ejemplo con el alegato de que estos eran de influencia diabólica (Moore, 1989, 48-49).

4.3. Penas y castigos.

En algunos de los apartados previos he escrito acerca de diversos castigos y penas judiciales que se les aplicaba a los herejes y a sus colaboradores, pero este apartado intentaré pormenorizar las consecuencias que tenía ser perseguido por heterodoxo por los grandes poderes medievales.

Las penas más duras y habituales contra los herejes eran la cadena perpetua, la confiscación de bienes, y la pena de muerte. En cuanto a la privación total de la libertad, se le aplicaba a algunos de los acusados arrepentidos; la confiscación de bienes conseguía que los acusados no tuvieran los medios para obtener en muchos casos lo mínimo para subsistir y, por último, la pena de muerte estaba reservada para aquellos acusados que se reafirmaban en sus creencias en el juicio, aunque bien es cierto que en algunos periodos la pena capital fue impuesta de una manera mucho más laxa. También cabe apuntar que, previamente a las penas de cárcel, se castigaba a los condenados con el exilio, pena que aún perduraría para algunos casos que no fueran demasiado graves.

Este tipo de castigos se irán endureciendo a través de la promulgación de diferentes legislaciones realizadas en los sucesivos concilios de la Iglesia, que cada vez más, al menos en época medieval, se acrecentó la peligrosidad de las penas para el reo.

Tenemos un ejemplo de penas contra los herejes en la bula *Declinate* (1232), de Gregorio IX, donde una parte de la misma estaba dirigida a las penas contra los heréticos, siendo utilizada por los distintos tribunales eclesiásticos de las zonas católicas, en estos puntos se condena; en primer lugar, que a cualquier civil que hablara en contra de los preceptos de la Iglesia fuera excomulgado y tratado como un hereje. Otro punto sería la prohibición de Biblias en romance, que además obligaba a devolverlas en un periodo máximo de ocho días, y en caso contrario, sería acusado de herejía aquel que las tuviera en posesión. Asimismo, también contemplaba la prohibición expresa de que cualquier sospechoso pudiera acceder a un cargo público. Por otra parte, se decretaba la destrucción de las casas de aquellos que hubieran ayudado a un hereje de cualquier modo y en el caso de que poseyera tierras o territorios, estos serían confiscados y entregados a quien dictaminara el tribunal, al mismo tiempo que ser les despojaría de todos sus bienes materiales. Por último, también se avisa en estos puntos, que si aquellos encargados de investigar a los herejes, lo hicieran de forma poco cuidadosa, se les podría privar de sus cargos ya fueran eclesiásticos o civiles, e imponerles una multa económica. (Grau Torras, 2012, 299-300).

Cuando alguien era acusado de hereje, se le daría un tiempo de gracia para que se arrepintiera de los «errores», pero en el caso de que el resultado no lograra satisfacer a los jueces, serían condenados a la pena capital y, en muchos casos, aunque tomaran por bueno el arrepentimiento del preso también recibiría algún castigo.

De aquellos que simplemente se sospechara de su herejía, aún sin prueba alguna, ni confesión, se les negaría el derecho a ejercer sus profesiones, hasta el momento en el que fueran liberados de dicha sospecha, (Jiménez Sánchez, 2005, 65). Tampoco en ninguno de los casos podrían ser admitidos como testigos en ningún tipo de juicio, ni tampoco tendrían derecho a hacer testamento. (Alvira Cabrer & J. Smith, 2006, 67, 77).

Las penas de confiscación de bienes se extenderían a los herederos de los condenados. Por otro lado, a los condenados a excomunión, se les añadiría la pena de «infamia» sobre esa persona, por la que serán rechazados, y se manifestaba en muchas ocasiones con marcas visibles para cualquiera, que el condenado debía llevar encima, como podían ser cruces en la ropa. Por otro lado, se iría implementará la *animadversatio debita*, a los herejes condenados, que es la muerte en la hoguera. (Sánchez Herrero, 2005, 27-29, 43).

Otro castigo a los condenados por herejía o por apoyarla de algún modo consistía en que fueran condenados a expiar su culpa en tierra Santa o en algún lugar donde se luchara

contra los infieles, como era el caso de la Península Ibérica. Aunque bien es cierto que, en la mayoría de los casos, estas penas fueron impuestas a personas nobles como forma de no manchar su linaje, siendo así la excepción a la implacable persecución que recibían sus correligionarios (Flori, 2010, 67-68). Pero en algunos casos por falta de soldados, se le aplicó también a la gente común, como en el año 1237, cuando el senescal del rey condenó a varios habitantes de Narbona a luchar contra los enemigos de la Iglesia (Sánchez Herrero, 2005, 44).

También en algunos casos, los dictámenes eran dirigidos a personas que ya habían fallecido, trayendo así la ignominia a sus familiares, aunque ya se hubieran arrepentido de su pasado herético antes de su fallecimiento. Además de esto, a partir del concilio de Arlés, en 1234, se empezó a popularizar la exhumación de sospechosos de herejía y a expulsarlos de los cementerios (Grau Torras, 2012, 372).

En los tribunales eclesiásticos de la Inquisición, a partir de 1252 Inocencio IV permite la tortura en las investigaciones. Como por ejemplo, el *caballete*, mecanismo por el cual dislocaban o rompían los huesos de los prisioneros. La *estrapada*, por la que ataban una cuerda en las muñecas del prisionero y lo subían cuanto más alto pudieran y lo dejaban caer a peso muerto, repitiendo esta acción una y otra vez. Otra tortura más era los *carbones al rojo vivo*, por la que quemaban los pies del prisionero (Mestre Godes, 1995, 89). En suma, hubo más tipos de torturas por parte de la Iglesia hacia aquellos que investigaban, pero estos tres ejemplos dan buena muestra de la crueldad a la que podían llegar los interrogatorios.

Y todo estos castigos, con sus vaivenes, aumentaran y disminuirán en su crueldad y cambiaran de víctimas a lo largo de varios siglos, siendo que perdurará al llevar el terror a una multitud de personas a lo largo y ancho de Europa y de algunos otros territorios.

5. El catarismo en la Península Ibérica

5.1. La represión antiherética en la Península Ibérica.

El territorio de la Península Ibérica en el tema de la represión antiherética fue en consonancia con otros territorios que dependían de la guía del Papado. Así pues, en los territorios peninsulares se implementaron a lo largo de los años distintas legislaciones que estaban centradas en la persecución de los herejes y sus cómplices. Paulatinamente, estas leyes aparecieron en todos los reinos peninsulares, aunque dada la época en la que se desarrolla este trabajo, y teniendo en cuenta la presencia cátara en las poblaciones peninsulares, este apartado se centrará en los territorios de la Corona de Aragón debido a su proximidad al Languedoc, centro irradiador del catarismo, y a la convivencia intrapirenaica, al traslado voluntario y los exilios y migraciones forzosas, que hicieron que en estos territorios (Aragón, Islas Baleares, pero sobre todo en Cataluña) y otros en menor medida (territorios comprendidos dentro del camino de Santiago o León), se asentaran comunidades de cátaros y otros tipos de herejes.

La represión contra los herejes en estos territorios fue paulatina, a través de leyes sucesivas donde se criminalizaba más a los herejes. Un ejemplo claro de la implantación de este tipo de leyes lo tenemos en el estudio de Alvira Cabrer y de Smith, (2006), donde analizan una carta del Papa Inocencio III a la reina Sancha de Aragón¹³ en 1203¹⁴. En dicha misiva, a petición de la propia reina, el Papa redactaba consejos legales y directrices dirigidos a la persecución de los herejes. En este texto se hallaría la transcripción de la bula *Vergentis in senium*, anteriormente explicada. De este modo, estas disposiciones se irían introduciendo en las legislaciones propias de los territorios que se encontraban bajo el mando del rey aragonés. Resulta imprescindible añadir que este tipo de intercambio epistolar hacía que las relaciones con el papado fueran de mejor calidad; lo cual era una clara ventaja política.

Antes de esta carta, ya en 1155, el cardenal Jacinto creó leyes en contra de los herejes en el Concilio de Lérida. Más tarde, en el Concilio de Tours (1163), se promulgaron leyes antiheréticas para los territorios de Aragón y Navarra¹⁵. De este tipo de leyes se puede comprobar su aplicación en las leyes promulgadas en Lérida en los años 1155 y 1173 que se pueden encontrar en las Costumbres de Lérida, texto legislativo encargado

¹³ Viuda del Rey Alfonso el Trovador (Alvira Cabrer & J. Smith, 2006, 66).

¹⁴ Durante el reinado de su hijo Pedro II el Católico (Alvira Cabrer & J. Smith, 2006,66).

¹⁵ Como indica la crónica inglesa de Peterborough (Gascón chopo, 2008, 147).

por Guillermo Botet, uno de los cónsules de esta ciudad tras su conquista a principios del siglo XIII. También se pueden encontrar legislaciones similares en poblaciones adyacentes a Lérida, como es el caso de Horta (Barrero, 1974, 485, 498).

En 1180, el cardenal Henri de Marcy haría una gira inquisitorial, con el beneplácito de los gobernantes de la Corona de Aragón, realizada con la misión única y exclusiva de cazar herejes, de lo que es conocido que hizo juicios en Huesca y Gerona.

En 1182, Alfonso II legisló contra los herejes ya de manera muy agresiva aunque sin contemplar aún la pena de muerte (Alvira Cabrer & J. Smith, 2006, 81-82). Y en 1194 decretó que todos los herejes debían abandonar el reino, que no era sino una forma de remarcar su anterior legislación, aunque ahora bajo la influencia del próximo Papa que fue Inocencio III que, como ya se ha explicado, tenía la erradicación de los herejes en tierras dominadas por el catolicismo como una de sus principales actividades. Por otro lado, la pena capital sería introducida por Pedro II de Aragón en el año 1198; el tipo de ejecución elegida fue la muerte por fuego, aunque hay que apuntar que de las penas que impusieron estos dos monarcas, anteriormente mencionados, no hay pruebas de que se dieran a efecto a gran escala hasta la llegada de la Inquisición (Grau Torras, 2012, 163). Y hay que tener en cuenta que la mención de «herejes innumerables» en esta legislación, se refirió con meridiana claridad a los cátaros (Fernández Conde, 2005, 408).

Asimismo el hijo de Pedro II, Jaime I (1212-1276), en la legislación que promulgó en 1226, aunque condenaba a los herejes de la misma forma que sus antecesores, hizo desaparecer la pena capital, al menos en esta primera legislación. Puesto que sería este mismo rey, bajo los consejos de su confesor Raimundo de Peñafort, el que pidió al Papa Gregorio IX que enviara a los inquisidores a sus territorios, a lo que este último accedió el 26 de Mayo de 1232 mediante una bula¹⁶. Pocos años después se constituiría la Inquisición de manera permanente en la Corona de Aragón¹⁷, institución que acabaría con cualquier tipo de herejía a partir de ese momento (Sánchez Herrero, 2005, 27, 31-32). Otro momento decisivo fue el concilio de Tarragona de 1242, donde hara la diferencia legal entre herejes, colaboradores/defensores y relapsos, dentro de la Corona de Aragón, también se sistematizaran las sentencias en contra de herejes y se regularan

¹⁶ La bula se llama: *Declinante iam mundi vespere ad occasum* (Fort i Cogul, 1973, 37).

¹⁷ Entendiéndolo como el Consejo de Aragón que “vinculaba en un mismo paquete administrativo los tribunales de los reinos de la Corona de Aragón (Barcelona, Valencia, Zaragoza, Mallorca, Cerdeña y Sicilia) más el tribunal de Logroño (que comprendía el área geográfica de Navarra y País Vasco)” (García Cárcel, 1998, 151).

los formularios de la abjuraciones y de la absoluciones, procesos que hasta este momento no estaban ratificados en estos territorios (Fort i Cogul, 1973, 42-45). Aún así este monarca en ocasiones fue más benévolo, como por ejemplo en el año 1257, en Lérida concedió una amnistía a todo hereje que volviera al seno del catolicismo, pero eso sí, desembolsando una buena cantidad de dinero por anticipado (Smith, 2013, 36). Una de las formas por la que este rey se aseguro de la captura de herejes fue al promulgar que cualquiera que capturará un hereje podría obtener un tercio de los bienes de dicho hereje mientras que las arcas reales recibirían el resto de bienes confiscados (Fort i Cogul, 1973, 32).

Previo a este hecho, en las constituciones de paz hechas en Lérida en 1214, Villafranca del Penédes en 1218, Tortosa en 1225 y Barcelona en 1228 equipararon a los herejes con los ladrones, siendo así que estos perdieron la protección del rey como sus subditos (Grau Torras, 2009-2010, 397). En 1229, en el Concilio de Lérida, se introducirían los preceptos del IV Concilio de Letrán, con todo el bagaje antiherético que incluía este, al crear así los antecedentes para la implantación de la Inquisición en la Corona de Aragón (Grau Torras, 2012, 277).

Una de las penas a las que podían optar en estos territorios algunos de los reos, idea de Ramón de Penyafort, era la de expiar sus culpas en la conquista de nuevos territorios ocupados por los musulmanes, como podían ser Valencia o Mallorca. Estas penas, en muchas ocasiones, servían para expandir las ideas heréticas en más territorios, pues aunque aquellos herejes que tomaban este camino tenían que haberse arrepentido de sus ideas heréticas, no siempre era así en realidad. De este modo, estas medidas se convirtieron en un arma de doble filo para la ortodoxia católica en los nuevos territorios conquistados, pero aun con todo y debido a la falta de soldados fue una pena ampliamente utilizada (Grau Torras, 2012, 389).

5.2. Problemática con la diócesis cátara del Valle de Arán.

En este apartado del presente trabajo me centraré en la investigación de Gascón Chopo, (2008) en relación a los contenidos que conciernen a la discusión historiográfica sobre la existencia de una diócesis cátara en el Valle de Arán.

Por tanto existe la posibilidad de que hubiera una diócesis cátara de lo que subyace que también existiera una comunidad cátara en el Valle de Arán. No deja de haber, respecto a estas afirmaciones, cierta reticencia por parte de algunos historiadores a dar este hecho

por cierto, debido a que la existencia de esta diócesis aparece en un único documento, del cual también se duda de su autenticidad, aunque la mayor parte de la historiografía esté de acuerdo en su originalidad en la actualidad. A esto se le añade un supuesto error en la transcripción del topónimo *Aranensis* de lo que hablaré más adelante. En este apartado expondré los puntos a favor y en contra por parte de distintos historiadores de la existencia de cátaros en el Valle de Arán.

El documento al que me he referido es *La carta de Niquinta*, texto que aglutina los hechos y resoluciones acaecidas durante el Concilio cártaro de San-Felix de Caraman en 1167, donde se decidieron las diócesis cátaras de occidente y entre ellas aparece la *Ecclesia Aranensis*. En la carta, se designa como obispo de la *Ecclesia Aranensis* a Raimundus de Casalis, debido a lo recóndito del territorio, este factor aglutina tanto argumentos a favor como en contra. Los partidarios defienden que, al estar en un valle apartado, pudo existir y no llegar a perdurar en el tiempo y desaparecer. Mientras que los detractores sostienen que en un territorio tan apartado no tenía especial sentido crear una diócesis (Grau Torras, 2009-2010, 386-387).

Entre los críticos se encuentra Yves Dossat, que desarrolló una teoría en la que explicaba que en *La carta de Niquinta* hubo un error de transcripción y en vez de *Aranensis*, lo que realmente se quería escribir era *Agenensis*, refiriéndose a la villa de Agen, próxima a Toulouse y con actividad cártara comprobada en el siglo siguiente al documento. (Gascón Chopo, 2008, 143). Esta teoría ha sido apoyada por diversos historiadores, lo que ha ayudado a introducirla en la historiográfica actual.

Encontramos también la interpretación que defendió Bernard Hamilton, que expuso que había dos errores en el texto, el primero es el defendido por Yves Dossat, el error con Agen. El segundo error de transcripción es que muestra una perspectiva diferente, la cual dice que el copista habría olvidado una erre en una referencia a la ciudad de Tolosa, siendo que no se estaría refiriendo a la ciudad francesa sino a Tortosa, esta que en el siglo XII era una ciudad episcopal. Si fuera así, *La carta de Niquinta* nos ofrecería los límites de las diócesis cátaras, coincidiendo estas con las diócesis católicas. De esta forma esta diócesis tendría entre sus territorios el valle de Arán y con el se subsanaría el posible error de transcripción. (Grau Torras, 2009-2010, 387-388).

Por otro lado entre algunos de los partidarios de la existencia de una diócesis cártara en el Valle de Arán tendríamos a historiadores como Pilar Jiménez; esta última adujo ante esta teoría dos puntos, el primero que el error de transcripción no tiene fundamento alguno y el segundo que no hay constancia de presencia cártara en Agen antes del siglo

XIII. A esto hay que añadir en un congreso en 1999, el *Institut de Recherche et d'Histoire*, negó categóricamente la posibilidad de un error de transcripción debido a que en el latín medieval existía una clara distinción al escribir los términos *Aranensis* y *Agenensis* (Gascón Chopo, 2008, 144).

Habría otro punto a favor y es que el historiador Jordi Ventura, afirmó que había encontrado en el archivo de la Corona de Aragón a alguien llamado Ramón de Casals en el Valle de Arán, que vivió en el siglo XII. Este sería el mismo nombre del Obispo escogido para dirigir la presunta diócesis cátara, pero debido a la muerte de este historiador, no pudo facilitar la procedencia exacta en los archivos de esta información, por lo que se ha puesto en duda dicha afirmación (Gascón Chopo, 2003, 94).

Cabe destacar aquí también la referencia que aporta Grau Torras (2012, 141): «Es la mención de Raimon de Baimiac como sucesor de Bernat de *Casalis* como obispo de Arán, que abjuró de la herejía en 1181 para convertirse en canónigo de la catedral de Saint-Saturnin de Tolosa».

Otro punto a favor de la existencia de esta diócesis es su localización que, aunque apartada, está a medio camino entre Toulouse y Lérida, que son dos puntos neurálgicos en cuanto al catarismo se refiere en esta época como queda patente en *La carta de Niquinta* (Grau Torras, 2012, 145). Este factor ayudaría a que en los trayectos entre una población y otra, que hay que contar con que los cátaros eran predicadores itinerantes, se formara una comunidad de cátaros en el Valle de Arán. Aunque eso no asegurara su existencia a lo largo de los años tampoco cabe decir que no existiera. Otra especulación es que escaparan de la búsqueda de herejes por parte de las élites nobiliarias y eclesiásticas, lo que explicaría lo efímero de su existencia.

5.3. Los Pirineos como paso en el exilio cátaro

La situación estratégica de la cordillera pirenaica como frontera natural entre la Península Ibérica y el grueso del continente europeo ha hecho que en la actualidad se haya constituido como frontera entre estados, pero en la Edad Media no era así, pues las políticas entre ambas vertientes (occitana y aragonesa) eran beneficiosas para los dos lados y las uniones dinásticas fueron comunes, desde el siglo XI, de Provenza, Carlat, Gavaudan o el señorío de Montpellier (Grau Torras, 2012, 110); siendo el culmen de esta relación, la hegemonía de los territorios de Occitania de la mano de la Corona de Aragón en los momentos previos a la Batalla de Muret, que supondría la pérdida de la

hegemonía aragonesa, pero incluso, tras esta pérdida las relaciones políticas y matrimoniales siguieron formándose, aunque en menor medida que lo que había hecho hasta este momento.

Además de esto, había mucho trabajo itinerante entre las dos vertientes de los Pirineos, lo que hacía que la relación fuera muy prolífica. Había migraciones de forma natural entre las dos vertientes, entre las que resaltan las de carácter comercial como puede ser la de la expansión de la industria tejedora occitana a territorios de la Corona de Aragón, con sus gremios y profesionales, profesión que en la época se identificaba con comportamientos heréticos, así que con su implantación en nuevos territorios se le presupone una expansión de la herejía. También, en gran número, se daban las migraciones por parte de occitanos para repoblar los territorios recién conquistados a los musulmanes (Grau Torras, 2012, 110-111). Pero esta relación no solo se basaba en factores políticos y económicos, también se creó una cultura común entre las poblaciones de ambos lados y una solidaridad entre sus gentes, este último hecho sería aprovechado por los cátaros en su huida de la persecución a la que fueron sometidos, utilizando las rutas de pastoreo (Le Roy Ladaurie, 1988, 107) y de comercio que se había ido creando a lo largo de esta relación entre pueblos. Una de estas rutas es por ejemplo la que pasaba por Tarragona en camino hacia Lérida, siguiendo la llanura del río Llobregat, dominada por un valle, siguiendo marcas que habían puesto anteriormente otros exiliados (Cazenave, 1972, 397), o por esta misma zona por las regiones montañosas de Monsant y Prades (Smith, 2013, 36)

Una prueba de este intercambio cultural, es sin duda, la aparición de pequeñas comunidades cátaras en los territorios de la Corona de Aragón, como muestran los estudios sobre *La carta de Niquinta*, donde además de la discutida diócesis del Valle de Arán, tenemos como delimitación de la diócesis de Carcasona en su zona más al sur la ciudad de *Leridam*, que Gascón Chopo (2008, 149) identifica como la ciudad catalana de Lérida. Así, la implantación cátera en la zona sur de los Pirineos fue casi pareja en el tiempo a la de tierras occitanas, cierto es que su presencia se dejó notar en menor medida, ya que el centro primordial de este movimiento se dio en Occitania, pero este hecho no deja de remarcar el continuo flujo cultural entre ambas vertientes de la cordillera pirenaica.

En los siglos XIII y XIV, cuando un gran número de occitanos se habían visto obligados a refugiarse en diversos territorios, en el caso de los exiliados afincados en territorios de la Corona de Aragón, como Cataluña o Valencia, se daban los casos excepcionales de

que los perfectos afincados en estas zonas se veían obligados a viajar a zonas occitanas para aplicar el *consolamentum*, antes de la muerte de un fiel cátaro, y mediante rutas interpirenaicas que no conocían la Inquisición; debían ir y volver, mientras pasaba un gran riesgo en este tipo de actuaciones. Tenemos un ejemplo de estos viajes datado en 1241, que hizo el perfecto Raimond de Gallicant para este propósito, desde algún punto incierto de Cataluña a Narbona, consiguiendo volver a su refugio en Cataluña (Cazenave, 1972, 396). Como este hay varios viajes con esta finalidad que se conocen, pero dado el clima de persecución, este fue uno de los métodos para poder capturar a los perfectos por parte de sus perseguidores, como es claro el ejemplo del último perfecto conocido por la historiografía en tierras peninsulares, Guillermo Belibaste, caso ya mencionado en este trabajo, que, mediante una treta y haciéndole creer que tenía que hacer este tipo de servicio, fue apresado por la Inquisición (Grau Torras, 2012, 420-422). Así pues, la relación natural que había entre los diversos territorios a las faldas de la cordillera pirenaica ha existido durante siglos, ambos lados han tenido contacto directo entre ellos, y han exportado sus mutuas culturas y creado lazos de amistad entre ellos, pero en este momento exacto de la historia que analiza este trabajo, esta relación se convirtió en la escapatoria a la persecución de miles de occitanos, que ya fueran cátaros o no, se vieron en la obligación de huir de sus hogares y con ello, en muchas ocasiones con la oportunidad de propagar su cultura y en este caso concreto su herejía (Gascón Chopo, 2003, 92-93).

5.4. Catarismo en la Corona de Aragón.

Como ya se había mostrado en anteriores partes del trabajo, la mayor parte del catarismo que se dio en la Corona de Aragón se difundió gracias a las migraciones por parte de personas de origen occitano a nuevos territorios, por lo que las bases fundamentales del catarismo occitano se pueden extrapolar al peninsular, las migraciones ya fueran en primer lugar por motivos laborales o personales y en última instancia huyendo de la persecución a la que fueron sometidos. Otro de los puntos clave para entender su expansión desde un primer momento, es en base al proselitismo que profesaban los perfectos cátaros y que dado a su predicación itinerante podían llegar a un mayor número de poblaciones. Gracias a la cercanía de la Corona de Aragón a Occitania este proceso de catarización en tierras de la Corona fue prolífico. (Ventura Subirats, 1960, 80-83)

La existencia de cátaros en la mayoría de estas tierras es complicada de confirmar, no es el caso de algunos territorios, el más notorio de ellos son las tierras del Vizcondado de Castellbó, donde la presencia cátara es ampliamente conocida. La introducción de prácticas heréticas en esta zona fue debida a la enemistad de los nobles de la zona con la diócesis de Urgel. La alianza del vizconde Arnau de Castellbo con el conde de Foix, condado occitano con gran presencia cátara en esta época, hizo que las tensiones entre la Iglesia de Urgel y estos nobles explotaran, siendo esta alianza nobiliaria los causantes en el verano de 1196, ayudados de tropas mercenarias, de arrasar la tierras de la diócesis y de saquear la catedral de la Seu de d' Urgell, siendo este uno de los puntos previos por los que se decidió finalmente emprender la cruzada albigense por parte de la Iglesia, siendo ocasionado al sur de los pirineos, pero debido a la alianza entre estos dos nobles, ambas casas se unieron debido al matrimonio de la hija del vizconde Ermessenda y el primogénito del conde Ramón Roger. Estas campañas militares hicieron que el descontento popular acumulado contra la élites eclesiásticas explotara, creando las circunstancias perfectas para la entrada de las doctrinas cátaras en esta región (Gascón Chopo, 2003, 89-91). Se confirman estas tesis gracias al testimonio de Arnau Bretos en 1244 a la Inquisición, que confirma que alrededor de 20 años antes de su testimonio había visto a un diácono cátaro llamado Guillem Clerc y a su compañero Ramon, al predicar en la casa que los herejes utilizaban en la ciudad de Castellbò, con total impunidad y con la participación del vizconde. Por otro lado siendo también un punto significativo de presencia cátara, como muestra, cuando la Inquisición entro en 1238, condeno a 45 personas, exhumo y quemo sus huesos a 18 y condeno a otras 15 más que huyeron antes de su llegada (Smith, 2013, 34-35). A esto se le puede añadir con casi total seguridad que la hija del vizconde Ermessenda era cátara ya que recibió el *consolamentum* antes de su fallecimiento, y, la hermana del vizconde, casada con la familia Niort, parece que también profesaba las doctrinas cátaras, por lo que finalmente en 1269 los cuerpos tanto del vizconde como el de su hija fueron exhumados e incinerados. (Mestre Godes, 1995, 152-153), otra teoría dice que los cuerpos del vizconde y de su hija no fueron quemados, en vez de ello fueron enterrados en tierra no consagrada (Fort i Cogul, 1973, 54). Otro dato que reafirma la idea de que era cátaro el vizconde Arnau, es la de que ni su hijo ni su nieto cuando se produjo el juicio antes de su exhumación, quisieron defender la ortodoxia del vizconde, en vez de ello se apresuraron a pactar con el rey Jaime I la conservación de la tierras de su dinastía por el precio de 40.000 sueldos barceloneses (Ventura Subirats, 1960, 90-91).

Otra zona catalana en la que hay constancia de catarismo es Bergá, cuyos señores eran los Bretós, a uno de ellos Arnau Bretós fue capturado por la Inquisición en 1244 y su relato es de suma importancia para el conocimiento del catarismo en esta zona, incluido el vizcondado de Castellbó, ya que nos cuenta como fue el catarismo en Cataluña desde principios de siglo hasta el momento de su detención (Grau Torras, 2009-2010, 392).

Un territorio más en el que la presencia de cátaros fue permitida y beneficiada por su señor es Josa en la sierra del Cadí. Donde su señor Ramón de Josa dejaba que los contingentes cátaros provenientes de Occitania se asentaran e hicieran reuniones y ritos, en los que se supone que el llegó a participar, finalmente fue reprendido por la inquisición y por la autoridades eclesiásticas en varias ocasiones pero mientras vivió pudo salir bien parado de las mismas, pero una vez muerto no tuvo la misma suerte y fue condenado y su cuerpo fue desenterrado e incinerado. Aunque no se sabe si su hijo profesaba el catarismo cuando murió su padre, pero lo cierto es que fue igualmente permisivo con la presencia de herejes en sus tierras, pero debido a su amistad con el rey Jaime I pudieron salvar sus tierras de ser confiscadas (Mestre Godes, 1995, 153-154).

Hay constancia de la presencia de cátaros en otros territorios, debido a detenciones e interrogatorios por parte de la Inquisición, pero estos ya no serán tan numerosos como los anteriormente mencionados, como puede ser el caso del Rosellon y la Cerdaña, territorios que en esta época eran parte de la Corona de Aragón y en la actualidad de la república francesa, algunos de los nombres de estos presuntos cátaros son Guillem de Niort, Robert de Castell-roselló o Ramon de Malloles entre otros. También se conoce el caso de un pequeño grupo de cátaros en Barcelona que se sabe que existió alrededor del año 1295, aunque la única noticia que tenemos es la de su existencia gracias a un interrogatorio inquisitorial. Por último se sabe que en Beceite una ciudad de Teruel, una cátara llamada Ermessinda Mauri tenía una casa alrededor del año 1321 y esto también lo conocemos a través de la Inquisición (Ventura Subirats, 1960, 95-111, 140, 146)

Por otro lado tendríamos las leyes que distintos reyes y municipios mandaron crear en contra de la herejía, vistas en anteriores apartados de este trabajo, que daban muestra de una preocupación por la heterodoxia, ya fuera por la existencia de la misma en sus territorios o por un espíritu de prevención por su parte. Como son los ejemplos de distintos monarcas como Pedro II o Jaime I.

Pero la existencia de legados papales con la única misión de buscar herejes, como es el caso del año 1198, donde los legados Rainiero y Guido, enviados por el Papa Inocencio III a la provincia tarraconense, solamente tenían esta misión como cometido. Este hecho

da buena muestra de la existencia de herejes en estos territorios pues después del cometido de estos dos legados, en 1206, el mismo Pontífice mandó otros dos legados para llevar a cabo la misma misión, al dejar así entrever con esta acción, que existía realmente un trabajo de eliminación de herejes en estos territorios (Gascón Chopo, 2008, 146).

Las menciones de territorios y poblaciones en suelo de la Corona de Aragón, dentro de la *Carta de Niquinta*, es otra fuente que nos da información de la implantación del catarismo dentro de estos territorios, aunque estas comunidades un apéndice del catarismo occitano en territorio peninsular y no fue hasta varias décadas después que se ha podido verificar la existencia de cátaros. Siendo las primeras noticias que tenemos de cátaros en la Península Ibérica, confirmados, serían de principios del siglo XIII, como se ve en los testimonios inquisitoriales que hicieron a Arnau Bretos en 1244, pero que relatan la presencia cátara en la villa de Berga y en diversas tierras catalanas, alrededor de 1214 (Gascón Chopo, 2003, 94-96).

La posición del catarismo en la Península Ibérica irá pareja a la de tierras occitanas, durante finales del siglo XII y principios del siglo XIII en Cataluña, los cátaros tendrán en la práctica paso libre, con el apoyo de nobles con conexiones con Occitania y la población civil, situación que se degradó tras la batalla de Muret y la finalización de la Cruzada. El Papa Inocencio III hará que se impongan leyes en contra de los herejes, como en el canon 22 de la disposición de Paz y Tregua del infante Rey Jaime en 1214 (Grau Torras, 2012, 261-263) y así, paulatinamente, este tipo de leyes se impondrán a lo largo y ancho de sus territorios.

En la segunda mitad del siglo XIII habrá una expansión del catarismo gracias a la utilización de prisioneros como soldados en la conquista de nuevos territorios en la Península Ibérica y en el archipiélago balear, el rey Jaime I usó estos contingentes occitanos y con ellos propagó sus ideales y formas de socialización cátara (Fernández Conde, 2005, 409). En 1239, el obispo de Mallorca, escribió a Gregorio IX para expresar su preocupación por diversos temas, entre los cuales se encontraba la presencia de cátaros en las islas, esto se puede comprobar en los testimonios que hicieron Raimonde mujer de Bossolens y Bernat ante el inquisidor de Quercy Bernat de Claus, donde se explica que la presencia de cátaros fue común en Mallorca, siendo que la primera explica que su marido tenía visitas regulares de cátaros y el segundo tuvo un encuentro fortuito con dos herejes (Smith, 2013, 38). Como probable contestación a la carta del obispo, el Papa en 1240 le concedió la facultad de absolver a los cátaros de su

diócesis, imponiéndoles una penitencia si accedían a abjurar de sus faltas en público (Grau Torras, 2009-2010, 402). Como obra de referencia en la búsqueda de herejes en el archipiélago balear tenemos la obra de Alomar Esteve (1976) donde hay una lista de personas occitanas que en algún momento u otro de esta época viajaron, se asentaron o participaron en la conquista de las islas, aunque no todos ellos eran cátaros, de alguna forma u otra tienen relación con los mismos, como es el caso de Oliver de Termes, hijo de un participante de la batalla de Muret, participo en la defensa del castillo de Beseda en contra de la tropas francesas, tras lo cual participo en la conquista de la ciudad de Mallorca, más adelante participo en una cruzada a Tierra Santa y se alió con el rey de Francia para finalizar la cruzada albigense y luego volvió a Mallorca donde su estirpe se mantendría durante al menos cinco siglos (Alomar Esteve, 1976, 132-133), este ejemplo aunque anecdótico nos muestra el tipo de personajes que fueron utilizados por el rey Jaime I en la conquista de este tipo de territorios, que no es posible comprobar de forma fidedigna al 100% su lealtades en cuanto a temas religiosos.

Al final, como en Occitania en su último resurgir, el catarismo en tierras de la Corona de Aragón ya no recibirá ningún tipo de apoyo y será un movimiento clandestino del que solo se tiene noticia en la mayoría de ocasiones por parte de la Inquisición (Grau Torras, 2012, 261,389), lo que hace que sea muy difícil concretar la desaparición de este movimiento de forma definitiva, lo que sí es seguro que la última comunidad cátera conocida por la historiografía en estas tierras se dio en el reino de Valencia, en Morella, liderada por Guillermo Belibaste e integrada por sus acólitos que tras la muerte de su líder fueron cazados inmisericordemente por parte de la Inquisición, siendo muy pocos los que lograron escapar de su captura.(Ventura Subirats, 1960, 147-148)

5.5. Catarismo en la Corona de Castilla.

El catarismo también logro introducirse en la corona castellana pero con mucho menos vigor que en la aragonesa, las migraciones de estos cátaros a estos territorios se dieron fundamentalmente a través del camino de Santiago, debido a la gran profusión de peregrinajes que existieron en esta época (Palacios Martín, 1982, 229). Debido a la carencia de fuentes solo tenemos información de la presencia de unos pocos grupos de herejes en determinadas localizaciones.

La localización donde mejor documentada esta la presencia herética es la de la ciudad de León, debido a la obra del eclesiástico Lucas de Tuy¹⁸ en su obra *De altera vita fideique controversis adversarius Albigensium errores libri III* escrita entre los años 1230 y 1240. En ella el autor nos explica los pormenores de la situación, los problemas con la herejía empiezan durante el comienzo del obispado en León de Rodrigo Álvarez (1209-1232), llega un cátaro de origen francés llamado Arnaldo y comienza a predicar en la ciudad pero el obispo se da cuenta y lo expulsa de la ciudad, siendo unos pocos años después en 1216 cuando muere Arnaldo, siendo enterrado en suelo profano. Esto nos deja un periodo sin actividad herética hasta la muerte del obispo en 1232, momento en el cual las persona partidarias de Arnaldo comienzan a propagar la idea de que fue un mártir y que en su sepulcro ocurren milagros convirtiéndolo en un lugar de predicación en la zona, fue aquí donde entra en la historia Lucas de Tuy, quien poniéndose al mando de la persecución de estos herejes, lo primero que hace es exhumar los restos de Arnaldo y arrojarlos a un estercolero, su persecución hizo que huyeran de la ciudad, volviendo a haber un brote herético de las mismas características dos años después, siendo Lucas de Tuy en este momento prelado diocesano de la ciudad e León y volvió a perseguirlos y consiguió erradicarlos, ya que no vuelve a existir mención a estos herejes. (Fernández Conde, 1978, 97). El problema de este fragmento de la historia de León es el propio autor y su obra, ya que la historiografía intuye que Lucas de Tuy estaba influenciado por sus viajes en el extranjero pudiendo extrapolar las grandes herejías del sur de Francia a un grupo anticlerical afincado en León como expresa Fernández Conde (1978, 107) y (2005, 411) o las dudas al respecto de la verosimilitud de la obra de Tuy que proyecta Palacios Martín (1982, 221).

Tenemos otras dos referencias a la presencia de cátaros en la Corona de Castilla aunque dichas referencias son mucho más breves que la información que disponemos de la ciudad de León; Por un lado tendríamos constancia de la presencia de herejes en la ciudad de Palencia, esto es debido a una carta del papa Gregorio IX a la obispo palentino avisándole de que el rey Fernando III el Santo, había promulgado un decreto antiherético y había marcado al hierro en la cara a unos herejes, después procedió a la confiscación de sus posesiones y a su destierro. Y esta sería la única fuente disponible de la herejía. Por otro lado también existe la información de cátaros en la ciudad de

¹⁸ Leonés de nacimiento o adopción, formó parte de clerecía de la ciudad, hasta que decidió peregrinar por los lugares santos de la cristiandad, aprendiendo sobre las situaciones de cada zona, incluida Occitania, al enterarse de la presencia de herejes en su ciudad natal interrumpe su peregrinación y vuelve a León para erradicar a los herejes, momento en el que escribe esta obra (Fernández Conde, 1978, 98-99).

Burgos por otra carta de Gregorio IX fechada el 25 de septiembre de 1238, en esta explica que debido a la confesión un comerciante que había tenido contacto con herejes en dicha ciudad, llamado Vidal Arrival, y teniendo constancia de esta información el papa ordena al obispo de Burgos que investigue la situación de los herejes en su ciudad (Grau Torras, 2012, 351-353).

Aunque breves, están son las situaciones comprobadas de presencia cátara en los territorios castellanos y leoneses.

6. Conclusión:

La persecución de minorías es una constante histórica por muy distintas razones. Desde épocas muy remotas y en espacios muy distintos, algunos colectivos han sido víctimas del acoso más cruento por motivos étnicos, por razones políticas o por cuestiones de fe. En ocasiones como sucede en el caso de los cátaros, además de su heterodoxia para con la fe católica, se mezclan otro tipo de intereses como son los de carácter territorial, siendo una época la que tratamos en la que se estaban formando los grandes estados europeos.

La fuerza del movimiento cátaro, como ya hicieron otro tipo de disidencias expuso ante la población la violencia de la Iglesia Romana y en su afán de conseguir la pureza original del cristianismo primitivo, forzaron la respuesta del Papado con la creación y el apoyo a las grandes ordenes mendicantes y a la par el desarrollo y consolidación de la Inquisición y el comienzo de los estados nacionales.

Considerados herejes por el poder eclesiástico, los cátaros sufrieron la persecución y exterminio por parte de cruzados e inquisidores y se ha demostrado que, a menudo, llegaron al martirio en defensa de sus creencias.

Diverso y amplio, el movimiento cátaro se expandió por distintas regiones desde las actuales Alemania, Italia, Francia o España entre otras. Pero su mayor concentración se dio en el actual sur de Francia, en Occitania. De ello tenemos como testimonio las ruinas de algunos castillos en la cima de altos peñascos, cicatrices de la cruenta Cruzada a la que fueron sometidos.

La relación entre ambas vertientes de los Pirineos siempre fue activa, tanto en comercio como en los movimientos poblacionales; por ello, no es de extrañar que, en su exilio para huir de los cruzados, muchos occitanos optaran por cruzar los Pirineos e instalarse en la Corona de Aragón, teniendo en cuenta además que en ese momento eran vasallos de Pedro II, quien dejaría claro con su participación y muerte en la Batalla de Muret que los intereses políticos pesaban más que los religiosos. Incluso después de la pérdida aragonesa de la soberanía de estos territorios, la persecución por parte de los inquisidores fue mucho más laxa al sur de los Pirineos.

No obstante, el destino de los cátaros estaba marcado en una parte del mundo progresivamente dominado por el Santo Oficio y fue disminuyendo su tamaño y escondiéndose cada vez más hasta que se perdió su pista.

El fin del catarismo es una más de las páginas negras de la intolerancia en Europa.

7. Bibliografía:

- Alomar Esteve, G. (1972). *Cátaros y occitanos en el reino de Mallorca*. Palma de Mallorca. Luis Ripoll.
- Alvira Cabrer, M. & J. Smith, D. (2006). Política antiherética en la Corona de Aragón: Una carta inédita de Inocencio III a la Reina Sancha (1203). *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, (Nº: 27-28). 65-88. Recuperado de <https://www.raco.cat/index.php/ActaHistorica/article/view/188980> [última consulta: 11/05/2019]
- Alvira Cabrer, M. (2008). *Muret 1213, La batalla decisiva de los cruzados contra los cátaros*, Madrid. Ariel.
- Alvira Cabrer, M. (2009). La Cruzada contra los Albigenses: historia, historiografía y memoria. *Clio & Crimen* (Nº 6). 110-141. Recuperado de https://www.durango-udala.net/portalDurango/RecursosWeb/DOCUMENTOS/1/0_1944_1.pdf [última consulta: 17/02/2019]
- Barber, M. (2014) *The Cathars. Dualist Heretics in Languedoc in the High Middle Ages*. Nueva York. Pearson Education Limited 2000.
- Barrero, A.M. (1974) Las costumbres de Lérida, Horta y Miravet. *Anuario de historia del derecho español*, nº 44. 485-536. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1252571> [última consulta: 23/01/2019]
- Cazenave, A. (1972) Les Cathares en Catalogne et Sabarthès, D'Après les registres D'Inquisition, La hiérarchie cathare en Sabarthès après Montségur. *Année 1969 Actes du 94º Congrès national des Sociétés savantes tenu à Pau (volume 1) Les relations franco-espagnoles jusqu'au XVII siècle*. París. Bibliothèque Nationale. 387-436. Recuperado de <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k6410928m/f1.image> [última consulta: 22/05/2019]
- Duvernoy, J. (1987). *La captura del cátaro Bélibaste: delación ante el tribunal de la Inquisición en Pamiers, el 21 de octubre de 1321*. Barcelona. Muchnik D.L.
- Fernández Conde F.J. (1978), Albigenses en León y Castilla a comienzos del siglo XIII. *León Medieval: doce estudios*. León. Colegio Universitario de León. 95-114.
- Fernández Conde, F.J. (2005). *La religiosidad medieval en España. Plena Edad Media (ss. XI-XII)*. Asturias. Trea. 89-107, 395-414.
- Flori, J. (2010). *Las Cruzadas*. Granada. Universidad de Granada.

- Fort i Cogul, E. (1973) *Catlunya i la Inquisició*. Barcelona. Aedos. 29-66.
- García de Cortázar, J. Á. & Sesma Muñoz, J. Á. (2010). *Manual de Historia Medieval*. Madrid. Alianza Editorial. 266.
- García Cárcel, R. (1998) La Inquisición en la Corona de Aragón, *Revista de la Inquisición* n° 7. Universidad Autónoma de Barcelona. 151-163. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/157821.pdf> [última consulta: 07/10/2018]
- García Cortázar, J. Á. (2012) *Historia religiosa medieval (años 313-1464)*. Madrid. Ediciones Akal. 340-346
- Gascón Chopo, C. (2003) Crisis social, espiritualidad y herejía en la diócesis de Urgel (siglos XII- XIII). Los orígenes y la difusión de la herejía cátara en la antigua diócesis de Urgel, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Hª Medieval*, t.16, UNED, 73-106. Recuperado de <http://revistas.uned.es/index.php/ETFIII/article/view/3692> [última consulta: 25/09/2019]
- Gascón Chopo, C. (2008) La carta de Niquinta y la Ecclesia Aranensis: una reflexión sobre los orígenes del catarismo en Cataluña, *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Hª Medieval*, t.21. UNED. 139-158. Recuperado de <http://revistas.uned.es/index.php/ETFIII/article/viewFile/3787/3644> [última consulta: 12/12/2018]
- Grado Giovanni (2008) *Inquisitori e Inquisizione del Medioevo*. Bologna. Il Mulino.
- Grau Torras, S. (2009) Durand de Huesca y la lucha contra el catarismo en la Corona de Aragón, *Anuario de Estudios Medievales*. 3-25. Recuperado de <https://core.ac.uk/download/pdf/13303643.pdf> [última consulta: 03/07/2018]
- Grau Torras, S. (2009-2010) Historiografía del catarismo en Cataluña: Estudios y documentos (Siglo XIII), *Acta historica et archaeologica mediaevalia* N° 2, 375-408, Recuperado de <https://www.raco.cat/index.php/ActaHistorica/article/view/250084> [última consulta: 17/08/2019]
- Grau Torras, S. (2012) *Cátaros e Inquisición, en los reinos hispánicos (siglos XII-XIV)*. Madrid. Cátedra.
- Jiménez Sánchez, P. (2005) La Inquisición contra los Albigenses en Languedoc. *Clio & Crimen* N° 2. 53-80. Recuperado de http://www.durango-udala.net/portalDurango/RecursosWeb/DOCUMENTOS/1/0_443_1.pdf [última consulta: 11/01/2019]
- Le roy Ladurie, E. (1988) *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*. Taurus. Madrid.
- Mitre Fernández, E. (1996) Herejías y comunidades nacionales en el medievo, *Ilu.*

- Revista de ciencias de las religiones*, 1. 85-104. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=713693> [última consulta: 06/10/2018]
- Mitre Fernández, E. (2004) Cristianismo Medieval y Herejía. *Clio & Crimen* N° 1. 22-41. Recuperado de https://www.durango-udala.net/portalDurango/RecursosWeb/DOCUMENTOS/1/0_418_1.pdf [última consulta: 24/09/2018]
- Mitre Fernández, E. (2007) *Iglesia, herejía y vida política en la Europa Medieval*. Madrid. Biblioteca de autores cristianos. 63-109.
- Mitre Fernández, E. (2011) Mentira frente a verdad en las disputas entre católicos y heréticos. *Ílu. Revista de ciencias de las Religiones*, 16. 173-202. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/ILUR/article/viewFile/37700/36483> [última consulta: 16/07/2019]
- Moore, R.I. (1989) *La formación de una sociedad represora. Poder y disidencia en la Europa Occidental, 950-1250*. Barcelona. Crítica.
- Moore, R.I. (2014) *La guerra contra la herejía. Fe y poder en la Europa Medieval*. Barcelona. Crítica.
- Morales Borrero, M. (1992) Beguinos, alumbrados y angelistas. Gloria y tragedia de fray Francisco de la Cruz. *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, n° 145. 320-321. Recuperado de <file:///C:/Users/Jesus/Downloads/Dialnet-BeguinosAlumbradosYAngelistasGLoriaYTragediaDeFray-1202665.pdf> [última consulta: 19/06/2019]
- Nelli, R. (1997). *Diccionario del catarismo y las herejías meridionales*. Palma de Mallorca. Alejandria.
- Palacios Martín, B. (1982) La circulación de los cátaros por el Camino de Santiago y sus implicaciones socioculturales. Una fuente de conocimiento. *En La España Medieval*, 3, 219-229. Recuperado de <https://revistas.ucm.es/index.php/ELEM/article/view/ELEM8282220219A> [última consulta: 22/10/2019]
- Pasamar Lázaro, J. E. (1992) La Inquisición en Aragón: Los familiares del santo Oficio. *Revista de Historia Jeronimo Zurita*. 165-189. Recuperado de <https://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/19/17/11pasamar.pdf> [última consulta: 19/12/2018]
- Perarnau Espelt, J. (1980) Nuevos datos sobre los beguinos de Galicia y su vinculación con el camino de Santiago. *Anthologica Annua* 24-25. 619-645. Recuperado

de <http://www.saavedrafajardo.org/Archivos/LIBROS/Libro0310.pdf> última consulta: 11/08/2018]

- Poly, J.P. & Bournazel, E. (1983) *El cambio feudal (siglos X al XIII)*. Barcelona. Labor.

- Sánchez Herrero, J. (2005) Los orígenes de la Inquisición medieval. *Clio & Crimen* N° 2. 17-52. Recuperado de http://www.durango-udala.net/portalDurango/RecursosWeb/DOCUMENTOS/1/0_442_1.pdf [última consulta: 18/03/2019]

- Smith, D. (2013) Cruzada, Herejía e Inquisición en las tierras de la Corona de Aragón (Siglos XII-XIII). *Hispania Sacra, LXV, Extra I, enero-junio 2013*. 29-48. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4511025> [última consulta: 08/07/2019]

- Ventura Subirats (1960) El catarismo en Cataluña. *Boletín de la Real Academia de las Buenas Letras de Barcelona XXVIII – 1959 – 1060 Años Académicos CCXXXI-CCXXXII*. 75-78.

